

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIAGO

MATAR UN GIGOLO

Burton Hare



PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

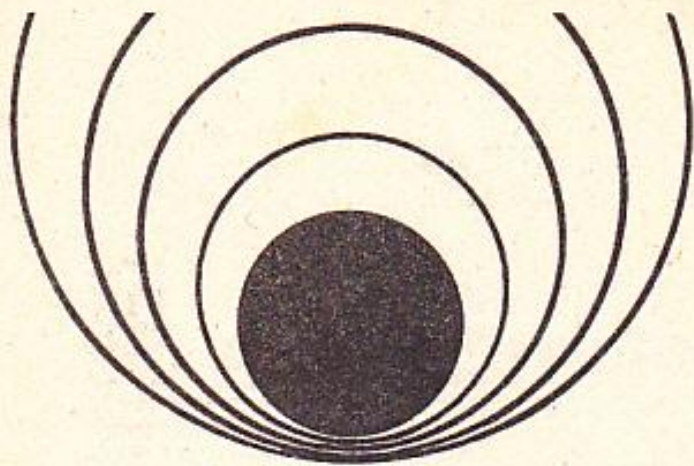
BOLSILIBROS

T **POLICIAGO**

MATAR UN GIGOLO

Burton Hare





PUNTO ROJO





BURTON HARE

MATAR UN GIGOLO

Colección PUNTO ROJO n.º 1.144 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.746 — Periodismo sangriento.

En Colección PUNTO ROJO:

1.131 — Todos hemos de morir.

En Colección LA HUELLA:

130 — El funeral de las ratas.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

620 — El pistolero y el perro.

En Colección KANSAS:

1.301 — El plomo que no mata.

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B 9.515-1984

Impreso en España • Printed in Spain

I.* edición en España: abril, 1984 1.a edición en América: octubre.

1984

© Burton Haré - 1984

texto

© Fabá - 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA. S.

A. Camps y Fabr s, 5 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vall s (N-152. Km 21,650) Barcelona 1984

CAPITULO PRIMERO

Parecía que todo sucediera en otra dimensión, en un mundo envuelto en suave niebla en el que sólo estuviéramos Lena y yo.

Hacíamos el amor y era como si flotáramos en el espacio.

Lena, desnuda, con su espléndido cuerpo vibrante de ansias, con sus pechos altos y agresivos y sus caderas firmes y duras amándome hasta el delirio, hasta el agotamiento.

Hasta la muerte.

Estrechamente unidos, flotábamos abrazados en aquel mundo de silencio. Luego, todo se oscurecía y ella y yo estábamos en una calle estrecha y oscura. Una figura nos cerraba el paso, un hombre alto, delgado, con una pistola en la mano.

El mundo estallaba entonces en mil pedazos, con una llamarada anaranjada. Ya no existían ni Lena ni el hombre de la pistola, sólo oscuridad. Oscuridad negra y profundamente silenciosa.

La oscuridad de la muerte,

Una voz dijo:

—Cálmate, Paul. ¿Qué te pasa?

Abrí los ojos y la inmaculada blancura de la habitación casi me dañó las pupilas. Una cabeza de cabello rubio se inclinaba sobre mí, solícita.

—¿Pesadillas? —murmuró la roja boca de la aparición.

—Sí... creo que sí.

La bonita enfermera rubia se irguió, sonriendo.

—Te oí gritar en sueños y entré —explicó con voz queda—. Tranquilízate, eso es normal.

—¿Tú crees?

—Pasará con el tiempo. ¿Te duele la cabeza?

—Como el infierno.

Arrugó el ceño.

Llevaba tanto tiempo en el hospital que ya era como si formara parte de la plantilla.

Nos entendíamos muy bien.

—Llamaré al doctor —decidió—. Pero no te preocupes, lo menos que puedes tener son dolores de cabeza.

Inclinó la suya y me rozó la boca con sus labios. Luego se fue.

El médico vino poco después y me miró con ojo crítico.

—No me complique el trabajo a última hora, Green —refunfuñó—. Pienso echarlo de aquí mañana, así que no lo estropee.

—Estoy impaciente por escapar de este matadero, doctor.

Sonrió y para demostrar que cumplía con su deber me tomó el pulso sin dejar de hablar.

—Lleva dos meses alborotándome las enfermeras —dijo mientras me sujetaba la muñeca—. Ha provocado más conflictos que una epidemia de cólera y he tenido que alejar policías y reporteros casi a puñetazo limpio. No sabe usted cuánto deseo perderle de vista.

—Gracias.

Me soltó la muñeca.

—Está usted más sano que yo. Dijo la enfermera que tenía pesadillas.

—Sí. Y dolor de cabeza.

—Es lo menos que puede tener, después de que le metieran una bala en el cráneo, y de soportar una operación que duró tres horas.

—Bueno, pero lo que quiero saber es si ese dolor, ese persistente latido, continuará por mucho tiempo o qué.

—Eso es difícil de predecir. De mil probabilidades en contra quedaba una a favor de que siguiera vivo después de la intervención quirúrgica. Bueno, sigue vivo. ¿No es así?

Sentirá molestias durante un tiempo, hasta que todo vuelva a la normalidad en su cabeza, tanto física como síquicamente. De

cualquier modo le recetaré un calmante, pero sólo deberá tomarlo cuando el dolor sea muy agudo. ¿De acuerdo?

—Usted manda.

—Ahí fuera hay un par de periodistas. Uno se llama Burgoyne y asegura que es amigo suyo.

—Burgoyne no tiene más amigos que la botella de whisky, pero puede dejarles pasar.

Podré soportarlo.

Asintió y se fue cerrando silenciosamente la puerta.

Poco después, Tom Burgoyne y otro individuo que no conocía entraron con cautela.

Burgoyne miró en torno, hizo una mueca y gruñó:

—Esto no es un hotel de cinco estrellas, pero a juzgar por el celo con que te protegen cualquiera creería que eres accionista de la empresa. ¿Cómo te encuentras? Este es Lambert, de City News.

—Hola. Estoy bien. Voy a salir de aquí mañana.

—¿Crees que estás en condiciones de volver a las andadas?

—Seguro. Oye, ¿no traes esa botella aplanada que nunca se separa de ti?

—Ahora sí creo que estás realmente en forma —sacó un frasco del bolsillo y me lo tendió—. No abuses y deja un trago para nosotros.

Bebí un buen trago. Me sentó bien después de la larga abstinencia.

Le devolví la botella y le espeté:

—Bueno, cuéntame qué pasa por ahí fuera.

—El fiscal tiene listo el caso contra Hougron. He oído decir que va a citarte como testigo de cargo. Después de todo, Hougron te agujereó la cabeza.

—Acudiré, por supuesto, pero imagino que no se propone acusarle de su atentado contra mí.

—Claro que no. La acusación es de asesinato en primer grado, y con todas las agravantes. Pero tu declaración impresionará al jurado.

—Muy bien, le condenarán a muerte y asunto concluido, pero como la pena de muerte fue abolida en este estado, se quedará con unos años de cárcel. Bueno, espero que escape —dije, esperanzado.

—¿Qué?

—Ojalá escape, Burgoyne, porque entonces le cazaré yo. Puedes apostar ciento a uno que nadie podrá recomponer su cráneo cuando yo haya terminado con él.

—Ya veo.

—¿No hay más noticias interesantes?

—Oye, los preguntones somos nosotros en este negocio. Por ejemplo, ¿qué vas a hacer cuando salgas de aquí?

—Pues sí que es una pregunta inteligente. Seguir trabajando, ¿qué otra cosa?

—Alguien dijo que habías recibido una carta con membrete del Senado...

—Las noticias vuelan.

—¿La recibiste?

—Sí, claro.

—Bueno, no cierres el pico ahora. Supongo que no será una felicitación del Senado por tu buena estrella.

—Era una carta particular, privada.

—¿Personal?

—Ni más ni menos.

—Entonces, ¿podemos decir que hasta un senador se ha interesado por tu recuperación?

—Olvídalo. Es algo puramente privado y personal.

—Está bien, pero me parece muy raro. Otra cosa, Green. ¿Qué hay de

Mark Steel?

—Absolutamente nada. A juzgar por tus preguntas hoy no tienes tu día más brillante que digamos.

—¡Pero Steel era el jefe de Hougron!

—Yo no sé nada de eso.

—¡Maldita sea, no me tomes el pelo! Eso lo saben hasta los chiquillos que ven la tele.

Steel era el patrón del hombre que te metió el plomo en la cabeza, así que fue él quien dio la orden de apiolarte. ¿Qué dices a eso?

Empezaba a cansarme.

—No tengo nada contra Steel, ni él tiene nada contra mí. En absoluto. Hougron estaba en la calle esperando a otro individuo, me confundió con él y disparó. La policía le echó el guante y resultó que su pistola era la que había sido utilizada para matar a un tal Bellamy, en un atraco, hace un par de meses. Eso es todo lo que hay.

—Oye, ¿no será que le tienes miedo a Mark Steel?

—Conozco a Mark hace años. Sé la clase de tipo que es, y lo que fue en otros tiempos.

Estoy absolutamente seguro que él no ordenó a ningún pistolero que disparase contra mí.

—Nadie creará eso. Le tienes miedo.

—Como tú quieras —dijo, cansado—. Pero publícalo y verás lo que pasa.

—Hay otra cosa, Green —dijo el otro plumífero que hasta entonces no había abierto la boca—. Si la orden partió de Steel no se conformará con un fracaso. Mandará a otro de sus matones y usted será hombre muerto.

—Entonces, amigo, tengo vida por un montón de años.

—Lo dudo.

Burgoyne terció:

—Hay otra cosa que les interesará a los lectores, Green. ¿Quién era la dama que te acompañaba cuando te volaron la tapadera?

—Sin respuesta.

—No me vengas con que también es secreto profesional. Había una mujer contigo cuando Hougron disparó. El mismo lo ha confesado, así como que le disparó también, pero falló porque ella se tiró al suelo. ¿Quién era, muchacho?

—Pregúntale a la policía.

—¡Je! Hemos hablado decenas de veces con el teniente Karrigan y no ha soltado prenda.

—Tampoco lo haré yo. Oye, estoy cansado, ¿por qué no te largas y te llevas a tu compinche?

—Porque necesitamos saber algo de esa mujer. Es un testigo de cargo como tú mismo.

Cuando comparezca ante el jurado no podrás mantener en secreto su identidad, así que suéltalo y te dejaremos en paz.

—La muchacha no es testigo de nada. No comparecerá ante ningún tribunal.

—¡Tú estás loco, Green! Ella vio a Hougron como disparaba contra ti. Si eso no es un testigo yo soy un marciano.

—No me sorprendería. ¿Has terminado?

Suspiró y echó un largo trago de su botella.

—Aún no —gruñó—. Si esa chica es tu nuevo romance daría sabor al reportaje, el toque de sexo que necesita. ¿Es que no lo entiendes? Convertiría en explosiva una sórdida historia de violencia.

—Publica una sola línea sobre esa mujer y lo que explotarán serán tus narices. Y no bromeo.

—Para que uno confíe en los amigos... En fin, al diablo contigo. ¿Tienes algo más que decir sobre Mark Steel? Después de todo, no puedes negar que Hougron estaba en sus nóminas.

Fastidiado, eché una mirada al reloj. Eran casi las cinco de la tarde.

—¿Quieres abrir la puerta, Burgoyne? —dije.

—¿Cómo?

—Abre la puerta.

Perplejo, obedeció.

Cuando pude ver el blanco pasillo grité:

—¡Mark!

Mark Steel apareció en el umbral con su aspecto impecable y próspero de siempre.

Burgoyne pegó un salto atrás.

Pegado a los talones de su jefe se materializó un individuo grande y sólido como una montaña. Los dos entraron y la habitación pareció empequeñecerse con la presencia del gigantesco guardaespaldas.

Tanto Burgoyne como su compañero quedaron blancos, sin creer lo que veían.

Yo dije:

—Mark, esos dos son reporteros y tenían algo que preguntarte. Ellos opinan que tú le diste a Hougron la orden de volarme los sesos.

Steel los miró uno a uno despectivamente, como si dudara entre saltarles los dientes o arrojarlos por la ventana. Al fin masculló:

—Echelos fuera de aquí, Brandon.

El guardaespaldas giró pesadamente hacia los dos estupefactos periodistas. Cuando avanzó lo hizo con sólida lentitud, como un tanque iniciando la marcha.

Los dos preguntones retrocedieron a saltos hacia la puerta y ni siquiera, se acordaron de despedirse. Salieron, la puerta se cerró y el gigante se quedó unos instantes quieto y ceñudo, tal vez frustrado por no haber tenido ocasión de demostrar lo fuerte que era.

Acabó de apurar su cáliz de frustración cuando Mark Steel le ordenó:

—Tú también puedes aguardar fuera. Y no pellizques el trasero a las enfermeras...

Salió meneando amargamente la cabeza.

Sólo entonces Mark estrechó mi mano y sentándose en el borde del lecho gruñó:

—Hasta hoy no me han dejado llegar hasta ti. Primero la policía, y luego los médicos...

Bueno, quería decirte personalmente cuánto lamento lo sucedido. Ese puerco de Hougron...

—Estaba en tus nóminas, Mark.

Me clavó la mirada y sus ojos echaban chispas.

—¿Vas a decirme que tú también crees esa historia de que yo ordené matarte?

—No. Ni siquiera la tomé en consideración cuando el teniente Karrigan trató de metérmela en la cabeza por el agujero de la bala. Pero hay un montón de cosas raras en este asunto, Mark.

—Sí, y no dejan de inquietarme. Pero tú sabes muy bien que hace muchos años que no empleo la violencia. Tengo estupendos negocios legales y tanto dinero como pueda apetecer. Y encima te debo dos veces la vida. Dos veces, Paul. Muy bien, Hougron estaba en mi nómina como uno de los matones que mantienen el orden en mis locales nocturnos. Como él tengo a seis más. Después de su detención he sabido que se dedicaba a otros negocios por su cuenta y me gustaría mucho retorcerle el cuello personalmente. Eso es todo lo que hay al respecto.

—Ya somos dos que deseamos lo mismo.

—Hougron es una bestia sin sesos, Paul. Apenas sirve para lo que yo le utilizaba. Y para atracar en un callejón oscuro. Así fue como mató a ese tal Bellamy, para robarle menos de doscientos dólares. Y encima se guardó la pistola. Deberían ahorcarle por estúpido, no por criminal.

—Está bien, pero no me chilles a mí. Tengo la cabeza en las últimas todavía. Me duele como el infierno.

—Lo siento. Oye, el médico dice que vas a salir de aquí mañana. Creo que sería una gran cosa que te tomaras unas vacaciones. ¿Eh, qué te parece?

—Tal vez siga tu consejo.

Se levantó, sonriendo abiertamente por primera vez.

Dentro de mi cabeza el sordo dolor iniciaba de nuevo un agudo *crescendo*.

El aún añadió:

—Cuídate, Paul. Y cuando vuelvas a sentirte entero ven cualquier noche por El Dorado y tomaremos unas copas para celebrarlo.

—Seguro que iré.

Se detuvo junto a la puerta y mirándome con el ceño fruncido aún gruñó:

—Habría que hacer algo con ese bastardo de Hougron...

Abrió la puerta y dio un paso adelante. Casi se dio de bruces contra la recia humanidad

del teniente Karrigan, que se disponía a entrar.

Estuvieron unos segundos inmóviles, mirándose como gallos de pelea. Después, Mark le cedió el paso al policía y con un burlón gesto de despedida se fue.

Karrigan soltó un rotundo juramento cuando se hubo cerrado la puerta. Luego dijo:

—Esas amistades tuyas acabarán por llevarte al cementerio, Paul.

—Tonterías. Mark es una excelente persona.

—¿Ha venido a interesarse por tu salud?

—Ni más ni menos. Además, quería presentarme sus disculpas por el comportamiento de Hougron.

—¡Qué te parece! Tipo más considerado... Después que le ordenó volarte los sesos.

—Olvídalo. El no tuvo nada que ver con eso.

—Sabes tan bien como yo que ese sucio asesino estaba en sus nóminas.

—Como matón en sus establecimientos, nada más.

—¿De veras crees eso?

—Conozco a Mark muy bien, Karrigan. En otro tiempo...

—Sí, ya sé —me interrumpió con sarcasmo—. Le salvaste la vida. Me parece que nadie va a darte una medalla por eso.

—¿No tienes otro tema más interesante de conversación, teniente? Porque de lo contrario te diré que tengo un dolor de cabeza monumental.

—Lo lamento. Bueno, se trata de Lena.

Olvidé el dolor de cabeza y quedé sentado en la cama violentamente.

—¡No pensarás complicarla a ella en el proceso!

—Todo lo contrario. He conseguido que su nombre no conste en los atestados. El fiscal tampoco la citará ante el tribunal, contando con tu testimonio de cargo. No necesita nada más. Tiene la pistola de Hougron y la confesión de éste. Es un caso redondo.

Los latidos de mi cráneo me arrancaron un gruñido de dolor. Karrigan arrugó el ceño.

—¿Te sientes mal?

—Dolor de cabeza. El médico dice que pasará con el tiempo, pero es como para volverse loco...

Hizo una mueca.

—Las heridas en la cabeza tienen malas bromas —dijo como si lo supiera por experiencia—. Dejan secuelas y uno nunca sabe cuándo está totalmente curado.

—Supongo que será cuestión de tiempo.

No replicó. Tenía el ceño fruncido, lo que era mala señal. Llevaba algo entre cejas y al fin lo soltó:

—Alguien me ha dicho que recibiste una carta del Senado. ¿Tiene alguna relación con este asunto?

—Ninguna en absoluto. Pero, ¡maldita sea! ¿Me has puesto espías

debajo de la cama o qué? Los reporteros están enterados de esa carta, y ahora sales tú con lo mismo.

—Bueno, tómalo con calma, Paul. Únicamente que no me gustaría que este caso se embrollara con ramificaciones políticas. Ya es bastante sucio por sí mismo sin necesidad de añadirle más basura.

—Ese lenguaje haría saltar tu chapa hasta las nubes si te oyera tu jefe. El debe su cargo a los políticos.

Enseñó los dientes en una mueca de ferocidad exagerada.

—¡Pero yo no! —dijo—. Sólo quería estar seguro. Voy a dejarte tranquilo ahora, pero tan pronto salgas de aquí recuerda que tienes un montón de papeles esperándote en mi despacho. Para firmarlos, ya sabes.

—De acuerdo.

Se largó y quedé otra vez solo. Cerré los ojos y luché por olvidar las visitas y todo lo que significase actividad para mi cerebro, pero ni así logré mitigar el creciente dolor que ame-nazaba con romperme el cráneo, de manera que pulsé el timbre de llamada.

Acudió la enfermera de turno, a la que expliqué mis cuitas. Era una linda muchacha llamada Janet, eficiente y más esquivia que una pantera. Todo lo que conseguí de ella fue una inyección que me adormeció y una vaga promesa de pensar seriamente en lo que le acababa de proponer.

Quedé amodorrado y ella se fue.

En mi agitado sueño resplandeció de pronto la imagen de Lena, hermosa y vibrante de deseo.

Todo eso salí ganando.

CAPITULO II

Cuando al día siguiente crucé la puerta de mi despacho, miré a mi alrededor como si fuera la primera vez que entraba allí. Cada cosa, cada detalle, me parecieron extraños, desconocidos.

Resultó una experiencia sorprendente.

Había un puñado de cartas esperando, pero las arrojé al fondo de un cajón, me senté, encendí un cigarrillo y meforcé a calmar la excitación de ese primer día fuera del hospital.

Descubrí que me sentía débil y mareado. El zumbido de mi cabeza había despertado nuevamente y yo sabía que dentro de poco el dolor me asaltaría como el zarpazo de un tigre.

Ignoro cuánto tiempo permanecí sentado allí sin pensar en nada concreto, sólo fumando y alegrándome de estar vivo... Resultaba una experiencia maravillosa, a pesar del dolor y el mareo.

Pensé que necesitaba respirar aire libre y gozar del sol para volver a sentirme de una pieza. Habría que hablar con Lena y largarnos a la playa.

O quizá sería una gran cosa hacerle caso a Steel y tomarme unas largas vacaciones.

Al fin decidí probar a trabajar un poco y eché mano de las cartas, sólo que ninguna de ellas tenía el menor interés.

Acababa de arrojar la última a la papelera cuando alguien llamó a la puerta. No esperó mi respuesta, sino que abrió y entró.

Me levanté de un brinco al reconocer a mi visitante.

—Vengo del hospital —estalló el senador Murphy mientras estrechaba mi mano—. Me alegró saber que ya estabas de nuevo en circulación.

—Tome asiento, senador. Me ha dado una sorpresa porque lo último que esperaba era verle aparecer aquí.

Era un hombre de unos cincuenta años, con un cuidado bigotito y esa elegancia innata que no se adquiere en ninguna escuela del mundo. Es algo que se lleva en la sangre, o en los genes, o vete a saber dónde.

Encendimos cigarrillos y él continuó mirándome con sus ojos claros y brillantes. Luego quiso que le contara con detalle el percance que me había llevado al hospital.

Sólo cuando hube terminado la historia le reproché:

—No debió mandarme la carta al hospital, senador. Y menos con membrete del Senado en el sobre. Levantó una polvareda.

—No se me ocurrió hasta después de haberla echado al correo. ¿Alguien sospechó su contenido, o de quién procedía?

—Todo lo que averiguaron es que procedía del Senado. ¿Cuándo llegó usted a Los Angeles?

—Esta mañana. Y debo regresar en un par de días, de manera, Paul, que a pesar de tu estado habrás de ayudarme. Estoy metido en un lío de todos los demonios.

—En su carta sólo anunciaba su visita, nada más. ¿De qué se trata?

—Lo importante es si te sientes con ánimos para trabajar, Paul. Tienes mal aspecto.

—A menos que me exija demasiados esfuerzos físicos, haré lo que sea. Todavía me

tiemblan un poco las piernas y la cabeza me da vueltas de vez en cuando, pero necesito actividad o me volveré loco. Soy un mal enfermo, según opinión de los médicos.

Sonrió y durante unos instantes no dijo nada, limitándose a mirarme con ojo crítico.

Después dijo sin mucha convicción:

—Quizá todo acabe siendo uno de esos casos de rutina para ti. Pero también puede ser algo tan grave que nos ponga al borde de un abismo.

—De cualquier modo sabe que puede contar conmigo.

—Estaba seguro, Paul. ¿Conociste a mi esposa cuando...?

—No. Ella estaba ausente de Washington en aquella ocasión.

—Es cierto, no lo recordaba. Bien, eso facilita las cosas, porque así ella

tampoco te reconocerá si llega a verte.

—Un momento, senador —exclamé, sorprendido—, ¿Va a decirme que se trata de un caso de divorcio o algo así?

Sacudió la cabeza de un lado a otro y su mirada se nubló.

—En absoluto. Ojalá lo fuera. Quiero decir, que ojalá fuera solamente un asunto de infidelidad conyugal, por muy nefasto que resultase para mi carrera política.

—Entonces, senador, no lo comprendo.

—Te lo contaré desde el principio. Tú sabes perfectamente que mi puesto en el Senado es de los más influyentes. Tengo acceso directo al presidente y mi voz es escuchada en la Casa Blanca, sobre todo en asuntos que conciernen a la defensa.

—¿Qué demonios tiene que ver todo eso con su esposa?

—Ahora llegamos a eso. Dentro de tres días voy a presentar una moción de suma importancia. Se trata de algo que he madurado y estudiado durante más de un año, verificando datos, estadísticas, informes...

Se interrumpió el tiempo de aplastar la colilla en el cenicero y luego prosiguió:

—No voy a mencionar datos concretos en este momento porque se trata de un tema extremadamente secreto, pero sí te diré que he cotejado opiniones y cálculos al más alto nivel con los jefes del Pentágono, e incluso con el secretario de defensa.

—Continúe, por favor.

—Bueno, han corrido rumores, especulaciones... El caso es que alguien sospecha cuál es la naturaleza de mi informe y ha empezado a tomar medidas para neutralizarlo de algún modo. Debo añadir que algunos de los más poderosos industriales saldrán gravemente perjudicados si mi moción es aprobada. Comprendo que intenten cubrirse, pero no utilizando medios tan bajos y rastreros.

—¿Está refiriéndose a chantaje, senador?

—Algo semejante. Y presumo que se han valido de mi propia esposa para presionarme.

—¿Conoce ella el contenido de ese informe que prepara?

—No. Ni siquiera a Eva lo he confiado. Como sabes, ella es más joven que yo, pero hasta hace muy poco habíamos sido una pareja muy compenetrada, sin problemas. Ella estaba encantada con su posición.

—¿Qué es lo que ha cambiado ahora?

—No lo sé, pero algo nos ha distanciado.

—¿Otro hombre, es eso lo que está tratando de decirme?

—Bueno, me negué a considerar siquiera esta posibilidad, incluso cuando no pudo

justificar algunas de sus largas ausencias. Luego se trasladó a Los Angeles y las cosas empeoraron.

—¿Está ella aquí ahora? —exclamé, sorprendido.

—Sí. Se aloja en el hotel Sheridan. Dijo que estaba cansada de la agotadora actividad que le imponía la vida en Washington y que deseaba un descanso. Eligió esta ciudad porque tenemos buenos amigos en Hollywood. Hace casi un mes que se separó de mí.

—¿Sabe ella que usted ha venido también a Los Angeles?

—No.

—¿Tiene usted interés en que siga ignorándolo?

—Más que eso, Green. No quiero que sospeche siquiera que he hablado contigo.

—Ya veo.

—Mira, la actitud de Eva me apenó. Comprendí que algo andaba mal. Luego, alguien me telefoneó. Dijo que era conveniente que olvidase mi informe si no quería ver mi carrera arruinada por un escándalo público.

—¿Cuándo fue hecha esa llamada?

—Hace diez días.

—De modo que su esposa ya estaba en Los Angeles...

—Ciertamente.

—Comprendo.

—Como es lógico, sé que cualquier posibilidad de un escándalo debe proceder de mi esposa. Honestamente, sé que no hay nada en mi vida que pueda dar lugar a difamación alguna. Pero la extraña actitud de Eva...

—¿Qué es lo que pretende realmente, senador? Porque si hay otro hombre no será difícil descubrirlo...

Hizo una mueca de amargura.

—Amigo mío, eso es parte solamente del problema, y no la más importante. Lo que realmente podría dar al traste con todo mi trabajo sería que el escándalo estallara en los próximos tres días. Después... Bien, digamos que ya no importaría tanto.

—Un momento —dije, perplejo—. ¿Pretende decirme que está dispuesto a dejarse arruinar su carrera, una vez haya presentado esa moción, o lo que diablos sea?

—No, Green. Tú sabes muy bien que he dedicado mi vida a la política. Por encima de todo lo demás está el servicio a mi país. Pero una vez haya dado cima al trabajo más importante de cuantos he realizado hasta ahora, un escándalo como el que me amenaza no tendrá tanta gravedad. Lo enfrentaré si es humanamente posible. Es durante estos tres días cuando puede ser de consecuencias fatales.

—Entiendo. Supongamos que descubro que hay otro hombre en la vida de su esposa, y que lo descubro antes de que usted haya presentado ese memorándum.

—Deberás comunicármelo, pero sin actuar por tu cuenta ni hacer absolutamente nada sin consultarlo conmigo. Lo primordial es evitar todo conato de escándalo.

—Está bien, senador, como usted quiera.

Suspiró, recostándose contra el respaldo de la butaca. Intentó sonreír y sólo consiguió una fea mueca.

—Sabía que eras el hombre que necesitaba, Green, pero cuando supe que estabas en el hospital pensé que el mundo se hundía para mí. Afortunadamente aún nos queda

tiempo... Muy poco, esa es la verdad, pero tiempo al fin.

—Hay algunos puntos muy oscuros en todo este asunto, señor. Un plan como el que deben haber tramado en torno a usted y su esposa no se improvisa, de modo que debemos suponer que hace mucho tiempo que lo prepararon. Se me ocurre que si es así, aunque su esposa no haga nada reprochable en estos tres últimos días, el escándalo puede estallar igualmente con algo que tengan ya listo para ser utilizado. ¿Se le ha ocurrido pensar en eso?

—¡Claro que lo he pensado!

—¿Y qué cree que utilizarán, fotografías, cartas quizá?

Se encogió de hombros con un gesto fatalista.

—Lo dudo. Sería algo demasiado sucio que delataría la maquinación criminal de quien sea que está detrás de este asunto. No, Green, lo que sea que suceda habrá de ser algo que aparentemente sea más espontáneo, rabiosamente actual en el momento en que ocurra. Por eso imagino que saltará a la publicidad casi en el momento de suceder, y tal vez por medio de Eva, aunque ella ignore que les está haciendo el juego.

—Cada vez lo complica más —refunfuñé—. Pienso que tendría más probabilidades si estuviera en Washington, por que sin duda la maquinación se ha tramado allí.

—¡Pero mi esposa está aquí, Green, en Los Angeles!

—Hasta el momento, nada prueba que sea ella la espoleta capaz de hacer estallar el escándalo. Daría cualquier cosa por estar seguro de que no pueden atacarle por otro lado.

Arrugó el ceño y su expresión delató el profundo disgusto que sentía.

—Olvidalo —refunfuñó—. Jamás he cometido ningún desliz capaz de dar pie para un escándalo, precisamente porque mi vida ha estado dedicada por entero a mi carrera pública. Sé lo frágil que es una reputación y he tenido sumo cuidado para que no pudieran atacar la mía por ningún flanco.

—De acuerdo, senador. Empezaré a trabajar hoy mismo. ¿Dónde podré ponerme en contacto con usted?

—En el Hilton.

—¿Inscrito con su verdadero nombre?

—¿Imaginas que puedo utilizar nombres falsos? Sé que la prensa puede identificarme, lo cual me complicaría las cosas, pero no tengo otra opción.

—Claro, lo comprendo. Le llamaré al hotel si encuentro algo que usted deba saber.

Nos despedimos y se fue, dejándome inquieto y preocupado. Era un hombre al que yo había llegado a apreciar y estimar en todo lo que valía.

Pero apenas acababa de sentarme otra vez en el sillón basculante, cuando se abrió la puerta y él reapareció con gestos presurosos.

—Green, estoy perdiendo facultades con todo este asunto —me espetó—. Tú no conoces a mi esposa, no la viste cuando trabajaste para mí aquella vez, así que te traje una foto. Lo he recordado cuando ya estaba en el ascensor.

—Quien está perdiendo facultades soy yo, señor. Debiera habérsela pedido al principio...

Eché un vistazo a la fotografía de una mujer como no existen muchas. Además de su extraordinaria belleza, Eva Murphy poseía ese aspecto distinguido que delata una dama al primer golpe de vista.

Volví a quedar solo y dediqué unos minutos a admirar la exquisita imagen de aquella mujer, preguntándome qué demonios podía haberla tentado, si ya lo tenía todo en este mundo.

Aunque, pensándolo bien, no hay nadie capaz de entender a las mujeres.

Eso me hizo recordar otra cosa y descolgué el teléfono, para llamar a Lena. Ya era hora de reanudar los viejos lazos.

Se alegró de oír mi voz, así que aprovechó para decir:

—Esta noche estaré ocupado, nena. ¿Qué tal si vengo a buscarte ahora y pasamos un rato juntos?

—Lo siento mucho, Paul, pero ahora es imposible. Tengo que...

—No quiero saberlo —la interrumpí—. Si hay otro tipo por en medio prefiero ignorarlo.

—No seas payaso, querido. Se trata de mamá. Pero eso de que vas a estar ocupado esta noche debería preocuparme a mí. Además, lo que debes hacer es descansar. Recuerdo que el doctor dijo que era el mejor tratamiento que podía recomendarte para que sanaras pronto.

—Tonterías, estoy en plena forma. Te veré mañana, cariño.

Dijo que eso le parecía bien y colgué.

Decidí tomar un par de tragos para acabar de estar en plena forma, de modo que abandoné la oficina.

Encontré a Tom Burgoyne en el bar de costumbre. Me echó en cara la jugarreta del hospital y luego charlamos unos minutos de esto y aquello hasta que se le pasó el enfado.

Luego empezó a discutir con el mozo sobre la mejor manera de preparar una de sus mezclas preferidas. Entre los dos midieron cuidadosamente las cantidades de cada ingrediente sin dejar de discutir. Burgoyne estaba empeñado en conseguir la perfección del mejunje.

Además, estaba más borracho que de costumbre.

Sin embargo la pócima resultó de un sabor delicioso, de manera que pasé por alto su falta de sentido común, engullí mi parte y me largué rumbo a mi apartamento.

Empecé a sentirme fatal en el camino. El edificio no quedaba lejos, pero igual hubiera podido hallarse en la Patagonia. Un millón de tambores comenzaron a redoblar dentro de mi cráneo, y un zumbido como el de una dinamo a toda marcha me atravesó el cerebro como una cuchillada.

Hube de apoyarme en la pared un buen rato para que el suelo dejara de oscilar bajo mis pies. Yo no estaba tan en forma como le dijera a Lena.

En mi vida me había sentido peor. Era igual que si alguien volviera a abrirme la herida de la cabeza, y luego introdujera por el boquete un hierro al rojo vivo. Me asaltaban las náuseas y fugazmente lamenté haber abandonado el hospital tan pronto.

Dando bandazos reanudé mi camino, trastabillando como un borracho. Quienes se cruzaban conmigo me miraban con desprecio, pero eso maldito si me importaba en absoluto. Todo lo que ansiaba

era llegar hasta una cama. No comprendía nada, sólo el dolor, las náuseas. No tenía sentido. Debiera haberme quedado en el hospital.

De algún modo logré llegar al vestíbulo del edificio y el conserje dio un salto al verme entrar a trompicones. Me atrapó, sosteniéndome a duras penas.

—¿Qué sucede, señor Green?

—Maldito si lo sé. Creo que va a estallarme la cabeza.

—No entiendo cómo le han dejado salir del hospital en estas condiciones.

—Olvidelo, sólo lléveme hasta el ascensor. Podré resistirlo hasta llegar a la cama.

Me depositó dentro del aparato. El mismo accionó los mandos y me mandó al piso, en cuyo pasillo hube de detenerme otra vez. Me sentía peor a cada segundo.

No recuerdo cómo conseguí abrir la puerta, ni cómo llegué al dormitorio.

Decididamente, mi cabeza jamás volvería a ser lo que fuera antes de encajar el plomo.

Tenía que hacer algo antes de tumbarme en la cama. Llamar al médico en primer lugar, eso seguro. Y también se suponía que debía asearme para volver a salir...

Di unos bandazos para ir en busca del teléfono abriéndome paso por entre la sucia niebla que estaba envolviéndome.

Y entonces la vi. Estaba sentada en un gran butacón, mirándome muy fijo con los ojos inmensamente abiertos.

Por poco no me caí de espaldas, porque aquella mujer estaba desnuda. Total y absolutamente desnuda.

Solté un juramento en voz alta. Estuve seguro de que mi cerebro comenzaba a fallar, a hacer aguas por todas partes. Estaba volviéndome loco.

Pero la hermosa aparición continuaba allí, mirándome, inmóvil, como esperándome, invitadora casi. Tenía unos pechos firmes, preciosos.

No recuerdo si dije algo o no. Di un paso hacia ella tendiendo los brazos. Entonces las paredes comenzaron a girar, ondulando como un mar embravecido, el suelo subió a mi encuentro y ya no pude preocuparme más por la insólita presencia de la beldad desnuda.

Ni siquiera noté el batacazo contra el suelo.

CAPITULO III

El intenso dolor de cabeza me obligó a recobrar el conocimiento, aunque en los primeros instantes de mi vuelta a la vida me encontré con la mente en blanco. Sólo un terrible retumbar sordo y profundo la llenaba por completo.

Después la cosa fue peor, porque recordé lo que creía haber visto y mi primera corazonada fue que había perdido la chaveta. Me había vuelto loco, ni más ni menos, porque nadie en su sano juicio puede encontrarse, o creer que se encuentra a una mujer endiabladamente bella sentada en su butaca preferida, desnuda, tentadora como el infierno, invitadora.

Y una mujer que no recordaba haber visto jamás por añadidura.

No cabía duda de que todo era obra de mi castigado cerebro.

Parpadeé. Había anochecido y estaba rodeado de penumbra. Las náuseas volvieron a sacudirme, pero me dominé como pude y a rastras llegué hasta la llave de la luz.

Le di la vuelta y miré por encima del hombro.

No grité porque ni para eso me quedaban fuerzas.

La dama continuaba allí, perfectamente desnuda, con sus pechos hermosos, la sombra oscura del pubis entre unos muslos de nácar. Sentada, mirándome tan inmóvil que daba grima.

De nuevo sentí tentaciones de gritar al caer en la cuenta de que estaba exactamente igual que la primera vez que la viera.

Ni siquiera había parpadeado.

Si no era una alucinación de mi maltratado cerebro, era algo mucho peor.

Porque era un cadáver.

Eché a andar a trompicones, como un borracho. Tal vez al acercarme a ella se desvanecería. O diría algo si realmente era una mujer de carne y hueso...

No dijo nada.

Nunca más volvería a pronunciar una palabra porque estaba muerta. Deslicé los dedos por su piel y era fría como el hielo, pero sólida. No se trataba de una alucinación.

Me quedé casi tan helado como ella, mirándola de arriba abajo intentando recordar si la había visto alguna vez. Su rostro era delicado, bello e incluso expresivo estando muerta.

Fue esa extraña belleza la que disparó los resortes de la memoria. Saqué la fotografía que me diera el senador. Mis dedos temblaban tanto que casi no pude sostenerla.

Un solo vistazo fue suficiente para comprobar que aquella dama desnuda era Eva Murphy, la esposa de mi amigo el senador.

No recuerdo cómo logré llegar al cuarto de baño. Coloqué la cabeza bajo el grifo de agua fría sin preocuparme del apósito que protegía la cicatriz. Todo lo que necesitaba era despejarme, alejar el aturdimiento.

Me sequé como pude y volví al lado del cadáver. Tenía que hacer algo, pero mi mente se negaba a razonar con sentido común. Nunca antes había experimentado semejante sensación de aturdimiento, de absoluta impotencia.

Pero de un modo o de otro imaginé que era preciso saber cómo había muerto, y la razón de que estuviera desnuda. Eso para empezar.

Lo primero fue fácil. Sólo con apartar un palmo su espalda del respaldo de la butaca

descubrí el agujero. No era un balazo ni había sangrado mucho. Debían haberle hundido un afilado estilete y a juzgar por el lugar de la herida era muy probable que el acero hubiese partido el corazón.

Volví a colocarla tal como estaba antes. Ya sabía cómo la habían asesinado. Hasta aquí la cosa estaba clara, y hasta cierto punto, tranquilizadora. Un cadáver de carne y hueso no es producto de ningún desequilibrio mental.

El segundo punto me llevó a registrar el apartamento en busca de sus ropas, aunque no hube de buscar mucho. Estaban tiradas en torno a la cama de mi propio dormitorio. Eran prendas caras, tanto el vestido gris como la fina blusa y las etéreas prendas íntimas, suaves como un jirón de niebla.

Me convencí de que no conservaban ninguna etiqueta. Estas habían sido arrancadas a tirones. Tampoco había rastros de sangre por ninguna parte, ni la desgarradura que habría dejado el estilete en la espalda del vestido y de la blusa.

De modo que la mujer estaba total y absolutamente desnuda cuando la apuñalaron.

Una situación que llenaría de felicidad a los reporteros de sucesos y a la policía. Suponiendo que llegasen a saberlo.

Encendí un cigarrillo y fui a la cocina para preparar un par de tragos que me ayudasen a reflexionar. No me ayudaron mucho a pesar de que trasegué algo más de dos, pero me dieron el ánimo suficiente para enfrentar la situación de cara.

Y la situación era que yo tenía una mujer desnuda, asesinada por más señas, en mi propio apartamento. Eso podía desencadenar un escándalo impresionante, y eso era precisamente lo que el senador trataba de evitar.

Sin embargo, ni por un momento pensé que habían matado a Eva Murphy con el único fin de provocar ese escándalo. Ni siquiera el hecho de que estuviera desnuda me pareció lo bastante convincente.

Al fin resolví telefonear al senador, pero en el hotel me informaron que estaba ausente.

Sólo me quedaba llamar a la policía.

Pero eso significaría publicidad, escándalo, reporteros y fotógrafos a manadas. Ni el propio teniente Karrigan podría mantenerlos alejados de semejante carnaza.

Lo dejé correr por el momento. Decidiría mi conducta cuando hubiera informado al senador.

El whisky había afianzado un poco mis piernas, aunque no mi sesera, de modo que logré bajar las escaleras sin dificultad.

El conserje me observó preocupado cuando llegué abajo.

—¿Está usted mejor? —se interesó.

—Casi en plena forma. Oiga, ¿durante mi ausencia alguien preguntó por mí?

—Por teléfono, sí, señor Green. Esta mañana.

—¿Hombre o mujer?

—Una mujer. No quiso dar su nombre, pero estaba muy interesada en localizarle.

—¿Le dio el número de teléfono de mi despacho?

—Seguro, pero dijo que ya lo había intentado sin resultado cuando en el hospital le dijeron que usted había sido dado de alta.

—Mala suerte...

—No me cabe duda que la señora estaba impaciente por hablar con usted. Me ha

preguntado si yo pensaba que usted vendría a casa pronto y he respondido que, después de tanto tiempo en el hospital era lógico creer que sí.

—¿Y...?

—Nada. Ha colgado. Desde entonces no ha vuelto a llamar.

—Si lo hiciera, pídale un teléfono al que pueda localizarla.

Salí a la calle con la seguridad de que nunca más volvería a llamarme porque estaba muerta.

Fui al garaje de la esquina, donde guardaba el coche. El encargado pareció alegrarse de verme vivo. Era un buen tipo.

Después explicó:

—La señorita que trajo su coche dijo que usted tardaría algún tiempo en utilizarlo, de modo que lo he mantenido cuidado hasta ahora. Lo único que le falta es llenar el tan que de gasolina. Todo lo demás está en perfectas condiciones.

—Gracias. Tommy.

Le premié con diez dólares y me acompañó hasta el convertible. Desde luego, relucía mucho más que cuando estaba bajo mis cuidados.

El encargado comentó:

—La señorita parecía muy afectada por lo sucedido. Celebro mucho que todo haya terminado bien para usted.

—Ella estaba a mi lado cuando me dispararon. Se llevó un susto de muerte...

Puse en marcha el motor, enfilé la rampa de salida y tomé rumbo al hotel Sheridan.

Si había que encontrar un punto de partida, sin ninguna duda éste debería hallarse en ese hotel.

CAPITULO IV

Unos cuantos dólares convencieron al jefe de los botones del Sheridan que le convenía hablar conmigo, pero hube de esperar que terminara su turno. Era un individuo muy cauteloso.

—Me juego el empleo, ¿comprende? —dijo.

Así que aguardé sentado en el coche hasta que él apareció y se acomodó a mi lado.

—Dispare —gruñó—. Aunque yo no debería estar aquí hablando con usted. Me juego el puesto.

—Eso ya lo dijo usted antes.

—Bueno, ¿qué quiere saber?

—Todo lo posible sobre una mujer llamada Eva Murphy.

Hizo una mueca y me observó de reojo.

—Es toda una dama. Y muy hermosa... Habitación doscientos seis.

—¿Recibe visitas en el hotel?

—No sé que haya admitido jamás visitantes en su habitación. No es de esas. Es una dama de la cabeza a los pies.

—Lo celebro, pero con el tiempo que lleva aquí debe haber hecho amistades, gente con la que sale y se relaciona. ¿Qué hay de eso?

—Bien, sé que han venido a buscarla algunas veces. Gente importante, no vaya usted a creer otra cosa. Directores de cine, productores. Incluso estrellas de fama.

—¿Y nadie de todos esos han subido a su cuarto?

—Que yo sepa, no. Vienen, el recepcionista la llama por teléfono, ella baja y se marcha con ellos.

—Entiendo. ¿Alguno de esos viene a buscarla con más frecuencia que los demás?

—Bueno... Tal vez el señor Sterling.

—Y ése, ¿quién es?

—¡Caray! ¿No sabe usted quién es Sterling?

—Nones.

Sacudió la cabeza, incrédulo ante mi supina ignorancia.

Luego se dignó ilustrarme.

—Es un actor —dijo—. Creo que ha tomado parte en algunos seriales de televisión, aunque no le han dado todavía su oportunidad.

—¡No me diga! ¿Cómo está tan bien enterado de esos pormenores?

—Leo todas las revistas de Hollywood.

—Ya veo. De manera que Sterling viene a buscarla con mucha frecuencia...

—Casi todos los días.

—¿Sabe dónde vive ese rutilante astro de la pantalla?

—De eso no tengo ni idea.

—Claro. ¿Tampoco él sube a la habitación de la señora Murphy?

—Espera abajo, como todos. Ya le dije que ella es toda una dama.

—No voy a discutir eso. ¿La ha visto hoy?

—Sólo una vez, por la mañana. Por cierto, parecía muy nerviosa.

—¿Por qué cree eso?

—Bueno, se ha encerrado en una cabina telefónica un buen rato.

—¿No tiene teléfono en su habitación?

—¡Naturalmente que tiene teléfono! Pero en la cabina es línea directa.

—Entiendo. ¿Qué hizo después?

—Me pareció que no conseguía comunicar a juzgar por su gesto de contrariedad. De modo que salió y ya no he vuelto a verla. Ignoro si ha regresado o no.

Pensé que ella ya no regresaría jamás. No fue un pensamiento alentador precisamente.

—¿Se fijó usted en la clase de bolso que llevaba?

Arrugó el ceño.

—No... O quizá sí, no estoy seguro. Me parece que era azul, a juego con su vestido.

Eso me dio mucho que pensar. Quizá al fin estaba llegando a algo importante.

—Veamos si he comprendido... ¿La señora Murphy llevaba un vestido azul cuando salió del hotel esta mañana?

—Seguro. Lo recuerdo muy bien.

Pensé en mi dormitorio y en las ropas esparcidas allí. No eran azules, sino grises.

Además, no había encontrado ningún bolso azul ni de otro color.

Aunque era posible que hubiera regresado al hotel para cambiarse de ropa.

Ante mi silencio, el jefe de botones gruñó:

—¿Ha terminado usted de hacer preguntas? Se hace tarde para mí.

—Hay algo más. ¿Es posible averiguar si Sterling vino *buscarla* hoy?

Rezongó entre dientes y luego me espetó:

—Me parece que por ese dinero está usted pidiendo demasiado, amigo.

—Podría añadir algo más.

—Bueno, preguntaré en recepción —accedió a regañía dientes.

Esperé un rato. Fumé un cigarrillo, notando el sordo latir dentro de mi cráneo. Pero ya no era aquel dolor agudo y lacerante. La cosa iba bien, porque hasta la sensación de náusea había desaparecido.

No obstante, me dije que debería consultarlo con el doctor tan pronto tuviera un minuto libre.

El hombre regresó al fin, se acomodó de nuevo a mi lado y dijo:

—El señor Sterling vino dos veces, pero no pudo encontrar a la señora Murphy.

Según el recepcionista parecía muy contrariado. Y ahora, ¿qué hay de mi dinero, amigo?

—Le pagaré más de lo que imagina a cambio de entrar en la habitación de la señora Murphy —le espeté.

Dio un respingo y sacudió la cabeza.

—Olvidelo. Me gusta mi empleo y en estos tiempos no encontraría otro.

—Tonterías. Ella está ausente sin ninguna duda. Además, sólo estaríamos dentro un minuto.

—¿Estaríamos? Oiga, yo no...

—Todo lo que deseo es comprobar si ese vestido azul de que habló usted antes está en la habitación. Nada más.

—Es peligroso. Este no es un hotel cualquiera.

—Amigo, si fuera un hotel cualquiera no le necesitaría a usted para colarme en una habitación. Lo haría por mi cuenta y me ahorraría cincuenta dólares.

—¿Dijo usted cincuenta?

Asentí. No lo pensó mucho.

—Vamos. Entraremos por la escalera de servicio.

Le seguí sin tropiezos. El abrió la puerta con una llave maestra que sacó de alguna parte y nos encontramos envueltos por la penumbra de una *suite* lujosa, en la que aún flotaba un leve aroma de perfume caro.

Todo aparecía perfectamente ordenado. Mi acompañante murmuró:

—El vestido debe estar en el armario, si no lo lleva puesto todavía.

—Me consta que lo cambió por otro gris.

Entramos en el dormitorio. Había un armario empotrado de puertas

correderas, que él abrió.

Del vestido azul no había ni rastro.

—Es raro —gruñó entre dientes—. ¿Está seguro que se cambió de ropa?

—Sin ninguna duda.

—Entonces, lo haría en otro lugar. El vestido que yo vi no está aquí.

—Bien, eso es todo. Podemos largarnos ahora mismo.

No esperó más aclaraciones. Recorrimos a la inversa el mismo discreto camino, hasta llegar a mi coche.

Le entregué el dinero prometido, dijo que si alguna vez necesitaba más informes me acordase de él y se largó zumbando.

Puse el coche en marcha pensando en el cambio de ropas de la desgraciada Eva Murphy.

También el tal Sterling me preocupaba, como me preocupaban muchas otras cosas.

Pisé el acelerador rumbo a la redacción del periódico donde trabajaba Tom Burgoyne.

CAPITULO V

Encontré al reportero en su cuchitril encristalado dándole a la máquina de escribir sin el menor entusiasmo. Pareció muy sorprendido de verme aparecer allí a semejantes horas.

—Tienes mala cara, Paul —gruñó al verme caer sentado en una silla como si las piernas no pudieran sostenerme—. Debiste permanecer unos días más en el hospital.

—No voy a discutirte eso. Me encuentro fatal.

—Bueno, dejando aparte tu desastrosa apariencia, y el hecho de que pareces medio muerto. ¿Qué te trae por aquí?

—Gracias por animarme.

—De nada —replicó con una risita.

—Quiero que hagas algo por mí, Burgoyne.

—Lo que sea.

—Necesito averiguar el nombre completo y la dirección de un medio astro de la pantalla.

Enarcó las cejas, sorprendido.

—Eso cae fuera de mi esfera.

—Pero puedes preguntarlo al encargado de esa sección, o los archivos, si es que los hay en este periodichucho. El tipo se llama Sterling. Está más o menos metido en seriales de televisión y ha intervenido en alguna película. Es todo lo que sé de él.

Se quedó quieto, mirándome casi con lástima.

—De manera —gruñó—, que apenas sales del lecho ya te metes en líos. ¿De qué se trata esta vez?

—Hasta el momento es confidencial, aparte de que tampoco yo sé mucho del caso todavía. Acabo de empezar. Llama al que tiene a su cargo la información cinematográfica y pídele que dé un vistazo a sus archivos, eso es todo lo que tienes que hacer.

Suspiró.

—No tienes arreglo... Sólo porque se trata de ti echaré una mirada yo mismo, como cosa especial.

—Me parece muy bien. Déjame la botella y te esperaré aquí todo el tiempo que quieras.

Gruñó un poco, pero acabó obsequiándome con su frasco aplanado y tras esto se largó.

Tardó mucho más tiempo del que había imaginado en regresar, de manera que pude hacerle los honores a la botella. El licor me reanimó, aunque no consiguió librarme por completo de las brumas que aún enturbiaban mi mente.

—Aquí lo tienes —dijo, depositando un papel sobre la mesa—. El tipo se llama Roy Sterling. Suponiendo que sea el mismo que tú buscas, pero no hay otro con ese nombre en el archivo. Y tampoco puedo garantizarte que esas señas sean las tuyas en la actualidad.

—Lo probaré. Gracias por tu ayuda.

—Sí, gracias... ¿No puedes adelantarme nada como primicia?

—Ni una palabra.

—Por lo menos, dime si es el mismo caso en que estabas trabajando cuando te metieron el plomo en los sesos.

—Cuando me dispararon estaba divirtiéndome, no trabajando, plumífero. Ya deberías saberlo después de las veces que lo he repetido.

—Sí, bueno, eso dices tú. De cualquier modo necesito pronto un asunto sensacional o me darán un puntapié en el culo. Todo está tan tranquilo que da grima.

—Quizá yo lo anime en cualquier momento. Gracias otra vez, Burgoyne.

Se quedó refunfuñando y me largué.

La dirección que me había facilitado correspondía a un edificio de apartamentos, al norte de La Ciénaga. Sin ser uno de esos palacios que surgen en Hollywood como hongos, tenía suficiente categoría para presumir que el alquiler fuera prohibitivo para la inmensa mayoría de ciudadanos.

Estuve llamando a la puerta hasta que me cansé. Casi sentí tentaciones de echarla abajo, cuando se abrió otra en el pasillo alfombrado y una mujer asomó la cabeza, indignada.

—¡Deje en paz ese timbre! —gritó—. No hay nadie en el apartamento.

—Busco a Roy Sterling.

—Búsquelo en otra parte y no arme tanto alboroto. Ha salido hace apenas unos minutos.

—¿Está segura?

—Lo he oído perfectamente. Por lo demás, casi cada noche sale a la misma hora.

—Ya veo. Oiga, ¿no sabría usted dónde podría encontrarlo?

—Cualquiera sabe... Ese individuo pasa la mayor parte de las noches fuera de casa. Se me ocurre que no debe frecuentar lugares muy

decentes, digo yo.

—Está bien, señora, lamento haberla molestado.

Ella cerró de un portazo y yo volví a la calle. Cuando me instalé en el coche advertí lo agotado que estaba y ansié más que nunca una buena cama. Necesitaba dormir, descansar... y olvidar el hermoso cadáver que ocupaba mi propio apartamento.

Conduje despacio, tratando de reflexionar. Decidí que ya era hora de meter al senador en el embrollo y paré ante un bar.

Esta vez tuve suerte y respondió al teléfono.

—¿Eres tú, Paul? —exclamó.

—Ciertamente. Ha ocurrido algo muy grave que debe usted saber.

—Bien, suéltalo.

—No por teléfono. Iré a verle esta misma noche. No creo que tarde mucho, pero de cualquier modo espéreme. ¿De acuerdo?

—Muy bien. Pero me inquietas, Paul. ¿No puedes adelantarme algo?

—No es nada que pueda discutirse por teléfono. Nos veremos en su habitación.

Aún estaba gruñendo y protestando cuando colgué. Volví al coche sin poder olvidar al tal Sterling. Si era aficionado a salir todas las noches debía frecuentar locales nocturnos.

Locales más bien lujosos si el tipo era como yo los imaginaba juzgando por el lugar donde vivía.

Pero no tenía ni idea de su aspecto.

Recordé de pronto que El Dorado, el más lujoso de los cabarets de Mark Steel, estaba ubicado justamente en el corazón del Strip, de manera que me dirigí hacia ese trozo de infierno donde uno puede encontrar cualquier cosa que se le ocurra, mientras no sea nada bueno. Quizá Mark Steel, con su enciclopédico conocimiento de la vida nocturna

pudiera ilustrarme sobre el individuo que me interesaba.

El local estaba lleno, a pesar de la hora todavía temprana para un

lugar de su clase.

Descubrí varias caras de gentes conocidas y populares entre la clientela, pero lo único que me impulsaba entonces era hablar con Mark, aparte que mi aspecto no era el más adecuado para mezclarme con la rutilante concurrencia.

Ese mismo aspecto despertó la suspicacia del camarero a quien pregunté, pero pude convencerle de que Mark Steel me recibiría encantado. Se alejó meneando la cabeza como expresión de sus dudas.

Sin embargo, volvió mucho más rápido de como se marchara. Parecía muy sorprendido y me pidió amablemente que le siguiera.

Steel sonreía de oreja a oreja cuando entré en su oficina parecida a un decorado de cine. Fuera, al lado de la puerta, el gigantesco gorila de rostro inexpresivo montaba guardia como un poste.

—No pensaba que aparecieras por aquí tan pronto —exclamó Steel—, Para ser el primer día que pasas fuera del hospital deberías cuidarte un poco más.

—No deseo otra cosa —suspiré—, pero las cosas se me han complicado tan pronto he puesto el pie en la calle.

—Mal asunto. ¿Te apetece un trago?

—He bebido demasiado hoy... pero creo que podré resistirlo.

Riendo entre dientes, sacó vasos y una botella y escanció.

Bebimos los dos y después le espeté:

—¿Conoces a un tipo llamado Roy Sterling?

—Seguro.

Eso me reanimó más que el whisky.

—Necesito encontrarlo cuanto antes, Mark, pero ignoro hasta el aspecto que tiene.

Estuve en su domicilio, pero no estaba allí.

—No me digas que has aceptado un caso de «esos».

—¿De cuáles?

—Ya sabes; divorcios, líos domésticos.

—No es nada de eso.

—Roy Sterling es un *gigoló* de lujo, Paul.

—Eso es nuevo para mí. Todo lo que yo sé es que tomó parte en un par de films o algo así.

—En todo caso sería en papeles de relleno. Su industria son las mujeres. Tiene el tipo para ello.

—¿Es cliente tuyo?

—Bueno, acostumbra venir con frecuencia. Para que tengas una idea de su aspecto, te diré que ganó uno de esos estúpidos concursos de Míster Músculos o algo así, hace unos años.

—Ya veo. ¿Tiene realmente músculos?

—Aparentemente, sí. No me gustaría tener una pelea con él a trompazo limpio.

—Dime algo sobre el tipo de mujeres que prefiere, o que lo prefieren a él.

—Cualquiera sabe... Le he visto con algunas que podrían ser su madre. Otras no estaban mal, pero todas tenían algo en común: estaban podridas de dinero.

—¿Recuerdas si le has visto últimamente con alguna en concreto? Quiero decir, si recuerdas el aspecto de la mujer.

Se encogió de hombros, fastidiado.

—En absoluto. Creo que estuvo aquí hace unos días, pero ni siquiera me fijé en su acompañante. El tipo me da náuseas. ¿Por qué demonios te interesa tanto, si no se trata de un lio de divorcio o de infidelidad?

—Hasta el momento, digamos que estoy en los preliminares del asunto. Además, es algo sumamente confidencial. Imagino que tu personal conoce al tipejo muy bien, ¿no es cierto?

—Sin duda.

—¿Quieres preguntar a alguien si está aquí esta noche?

—Es muy pronto todavía, pero podemos probar. Esta clase de gusanos no dan señales de vida hasta mucho más tarde.

—No obstante, ha salido de su casa hace casi una hora.

Levantó un teléfono de comunicación interior y habló con el jefe de camareros. Después de eso esperó con el auricular pegado al oído hasta que le dieron la respuesta.

Colgó y dijo:

—No está en el salón. Paul. Según el *maître* hace un par de días que no aparece por aquí.

—Mala suerte. De todas formas. Mark, me has ayudado mucho. Ahora, por lo menos sé con la clase de individuo que tengo que vérmelas.

Me levanté pesadamente. Mis piernas no estaban muy firmes y mi estómago continuaba revuelto, a pesar del whisky O a causa de él, quién sabe.

—Deberías seguir mi consejo —remachó Steel acompañándome a la puerta—. Tómame un descanso, unas vacaciones. Tú sabes que tengo propiedades en Miami. Podría facilitarte un *bungalow* por un tiempo.

—Te lo agradezco de veras, pero no puedo abandonar este asunto. Es más grave de lo que puedas imaginar. Sin embargo, recordaré tu ofrecimiento cuando tenga ocasión de aceptarlo.

—Muy bien, eso es cosa tuya. Tengo un par de negocios en Miami Beach, y ese *bungalow* en la playa me sirve de refugio un mes o dos al año, cuando voy allá a verificar las cuentas. El resto del tiempo está cerrado, así que ya lo sabes.

—Eres un gran tipo, Mark, a pesar de tu guardaespaldas.

—Eso son reminiscencias de los viejos tiempos. En la actualidad no sirve más que para impresionar al personal.

Se echó a reír, estreché su mano y abandoné el despacho.

El mastodonte continuaba en la misma postura, como si no hubiera movido ni las pestañas en todo aquel tiempo.

Mientras conducía rumbo al hotel del senador, me entretuve barajando algunas curiosas ideas que se abrían paso a través del tumulto de dolor que era mi cerebro. Había algunas facetas muy

curiosas en todo el maldito caso, aunque con un cadáver esperándome en mi apartamento no era como para entretenerse buscando facetas ni curiosidades.

Sólo con imaginar cómo se tomaría el senador la muerte de su mujer me entraron escalofríos...

CAPITULO VI

Encajó mucho mejor de lo que había supuesto. Desde luego, no pudo ocultar el terrible dolor que la muerte de Eva le causaba. Incluso sorprendí el sospechoso brillo de unas lágrimas en sus ojos, pero exteriormente demostró su entereza. Por algo era uno de los mejores políticos de que yo tuviera conocimiento.

Cuando terminé de contarle los hechos se quedó inmóvil mucho tiempo, con la cara oculta entre las manos, respirando agitadamente.

Después, se levantó y dio unos pasos de un lado a otro, sin rumbo, como perdido, hundido por el dolor y luchando por dominarlo.

Finalmente, se detuvo de espaldas a mi. de cara al ventanal. y murmuró:

—Paul...

—¿Sí?

—¿Alguien más sabe que Eva ha muerto?

—Hasta el momento, no.

—Soy incapaz de pensar con claridad. ¿Qué crees que debemos hacer?

—Esa decisión se la dejo a usted, senador. Mi obligación en un caso como éste es muy clara; llamar a la policía y darles cuenta de lo sucedido. Se trata de un asesinato. Pero le repito que dejo la decisión en sus manos, señor.

—Comprendo lo que quieres decir. El hecho de ocultar el crimen puede costarte muy caro. ¿No es cierto?

—Entre otras minucias, pueden retirarme la licencia sin más trámite.

—Claro...

—Pero eso no debe preocuparle. Usted no es un cliente cualquiera

para mí, senador.

Estoy dispuesto a correr cualquier riesgo.

Dio la vuelta y se enfrentó conmigo. Estaba pálido como un sudario y sus ojos brillaban.

Tenía las facciones desencajadas y daba la sensación de haber envejecido diez años en unos minutos.

Pero luchaba por mantenerse erguido y firme, dominando el profundo dolor que le embargaba.

—Veamos una cosa, Paul... ¿Crees que es así como pretenden hundirme, asesinando a Eva y dejándola desnuda en tu apartamento?

—No.

—Pareces muy seguro.

—Y lo estoy. Un asesinato semejante no le desacreditará a usted. Todo lo más, podría entorpecer momentáneamente su carrera debido a las sucias implicaciones que pueden surgir en la prensa, pero en poco tiempo se aclararán las circunstancias que llevaron a su esposa a esperarme en mi apartamento y entonces el escándalo se volverá contra los que lo planearon.

—¿Por qué piensas que ella fue a esperarte?

—Porque estoy seguro que la mujer que intentó comunicarse por teléfono repetidas veces conmigo era Eva. Algo debió impulsarla a llamarme, o quizá estaba asustada. De modo que decidió refugiarse en mi propia casa y esperarme.

—¿Y...?

—Tal vez el asesino la siguió. Supo a quién pertenecía el apartamento, y eso le indicó con toda claridad que sus planes iban a volverse contra él si Eva hablaba conmigo, de modo que la mató. No hay otra explicación posible.

El senador dio un respingo.

—¡Un momento, Paul! —exclamó—. Si estuvieras en lo cierto, eso significaría que mi mujer no estaba de acuerdo con los hombres que intentan cortarme el paso, que tratan de hundirme. ¿No te parece?

—Todo lo hace suponer así. De lo contrario, ¿por qué tenía ella que acudir a mí?

Arrugó el ceño. Se pasó las manos por la cara como si con ese gesto pretendiera librarse del dolor y el aturdimiento. Con voz neutra explicó:

—Recuerdo que hablábamos muy a menudo de ti, desde que hiciste aquel excelente trabajo. Eva lamentaba no haber te conocido en aquella ocasión y había insistido más de una vez para que te invitara a un fin de semana en nuestra casa del lago...

—Lo cual explica que si se vio en un apuro recurriese a mí en busca de ayuda.

—Eso es lo que pienso.

—Y bien, ¿qué decide?

Me miró desconcertado.

—¿Qué estuvo haciendo Eva en los últimos días, has averiguado algo?

—Aún no. Voy a localizar al individuo que solía acompañarla estos últimos días, un tal Roy Sterling. ¿Tiene ese nombre algún significado para usted?

—En absoluto. ¿Quién es?

Dudé antes de responder. Era muy duro decirle que se trataba de un *gígolo* de lujo, un sucio explotador de mujeres.

Así que dije:

—Aún no lo sé, pero es el único eslabón que nos une con las actividades de su esposa.

Opino que sería una gran cosa descubrir al asesino antes de que la policía tuviera ninguna noticia de la muerte de Eva. Usted podría presentar su moción, o informe, o lo que infiernos sea, y yo entregaría al criminal atado de pies y manos, lo cual me libraría de la acusación que estoy ganándome a pulso al ocultar el crimen a la policía.

—¿Crees que tienes posibilidades de conseguirlo?

—Sinceramente, no lo sé. Estoy en baja forma, no puedo pensar con claridad y me siento tan débil como un niño. Pero puedo intentarlo.

Asintió con un gesto, murmurando:

—Sólo me horroriza la idea de dejar abandonada a mi pobre Eva en ese apartamento, desnuda...

—Escuche, eso es algo que no podemos evitar. Ella está muerta y sólo usted y yo lo sabemos, aparte del asesino, naturalmente. Pero si tanto le inquieta eso, podemos ir allí y vestirla si eso ha de tranquilizarle.

Asintió con un gesto.

—Por la mañana —murmuró—. Lo haremos por la mañana. ¿Dónde piensas pasar la noche, Paul?

—No lo sé. Aún tengo algunas cosas que hacer.

—Mira, no estás en condiciones de andar de un lado a otro las veinticuatro horas del día. Necesitas descanso y yo soy el primero en entenderlo a pesar de la urgencia del caso.

Pero si te hundes tú también yo estaré perdido. Quédate aquí esta noche y descansa.

—Me tienta la idea, pero quiero encontrar a Sterling.

—Dios sabe a qué hora regresará a su apartamento. Acuéstate y mañana estarás en mejores condiciones de trabajar.

—Creo que tiene usted razón...

—Yo no podría pegar ojo esta noche, de modo que me quedaré aquí, en el diván.

Puedes acostarte en la cama y ojalá mañana tú y yo descubramos la manera de solucionar esta pesadilla. Mi pobre Eva... y el informe del que empiezo a arrepentirme... Todo se ha vuelto contra mí.

—Tómelo con calma. Acepto su oferta y me quedaré a dormir, pero sería muy interesante para mi trabajo conocer exactamente en qué consiste ese informe. Quizá así pudiera tener una idea de quiénes son los que manejan los hilos contra usted.

—Hablaemos de eso cuando hayas descansado, Paul. Pero no creo que te sirva de mucho conocerlo. Los enemigos de mi moción son los grandes consorcios dedicados a la fabricación de aviones de combate, equipos de vuelo, laboratorios aeronáuticos.

Industriales que manejan cientos de millones de dólares de los presupuestos estatales.

Algunos de ellos serían capaces de recurrir a todos los medios para evitar que mi moción fuera aceptada.

—No entiendo una maldita palabra de política —reconocí—. Pero incluso con mi ignorancia a cuestas puedo comprender que cuando se barajan cifras astronómicas por hombres sin otro escrúpulo que su afán de beneficios, no existe ninguna barrera capaz de detenerlos. Empiezo a pensar que he aceptado un trabajo superior a mis fuerzas.

Ya no hablamos más y me acosté. No tardé ni un minuto en quedar dormido como un tronco.

Al despertar por la mañana me encontré solo. Estuve un rato bajo la ducha, comprobé que continuaba más débil que un perrito y que la cabeza continuaba zumbándome, aunque sin dolor. Eso había ganado.

Acababa de vestirme cuando el senador regresó. Traía un puñado de periódicos, y a juzgar por su expresión se sentía peor que yo.

—Las cosas se han complicado, Paul —anunció, arrojando los periódicos sobre una mesa—. Esta mañana me he permitido quitarte las llaves de tu apartamento... Quería ver a Eva, vestirla...

—Ya veo. ¿Lo ha hecho?

—No.

—Comprendo que se haya impresionado al verla.

—No la he visto.

—¿Por qué no, tuvo miedo de entrar en el apartamento?

Se dejó caer en el diván. Estaba pálido, macilento.

Sin mirarme, murmuró:

—No he podido entrar, Paul.

—Sigo sin entenderlo.

—Estaba allí la policía, en tu apartamento.

Pegué un salto y fui a sentarme a su lado.

—¿Quiere decir que habían encontrado el cadáver?

—Exactamente. Lo encontraron anoche, poco después de que tú salieras del edificio. El portero lo ha manifestado, declarando la hora aproximada que saliste del piso. Está en todos los periódicos, si quieres saber los detalles.

Era cierto. La noticia del crimen había merecido los honores de la primera página en casi todos ellos. Había fotografías de la salita donde Eva había sido encontrada, de la butaca vacía, destacando la mancha de sangre en el respaldo. Afortunadamente, la policía no había dejado que los reporteros sacaran fotos del cadáver desnudo.

El senador gruñó:

—Léelo todo... Es edificante por lo que a ti respecta.

Lo leí, naturalmente.

Y no me caí de espaldas de milagro.

Según se desprendía de los reportajes, la policía andaba detrás de mis huellas. Me buscaban para acusarme del asesinato, entre otras razones porque habían encontrado un largo punzón debajo de la butaca, sucio de sangre y con mis huellas dactilares en la empuñadura. El forense aseguraba que el crimen se había cometido con dicho punzón, de manera que la cosa no ofrecía dudas.

Cuando recobré la voz dije:

—Esos estúpidos van a desperdiciar el tiempo buscándome a mí, mientras el asesino se ríe de todos ellos.

—Desde su punto de vista tienen motivos para creerte culpable. Han encontrado tus huellas en el arma del crimen.

—En mi vida he tenido un punzón semejante. Ni puedo comprender cómo han aparecido mis huellas en él, naturalmente.

—Escúchame, Paul... Hasta el momento de cerrar las ediciones de esos periódicos no habían descubierto la identidad de Eva. Tienes que moverte aprisa si queremos salir de este asunto con la cabeza sobre los hombros. Además, quiero acabar de una vez para reclamar el cuerpo. Me vuelve loco la idea de que está abandonada como un perro y sería capaz de cualquier cosa para... Y ahora que recuerdo, lee el artículo del *News* respecto a ti.

Busqué el reportaje y lo leí de cabo a rabo. Creí que el suelo oscilaba bajo mis pies.

—¡Es inaudito!

—Piénsalo un poco, Paul.

—¿Qué demonios he de pensar? Según el cretino que ha escrito esta sarta de truculencias, la herida de la cabeza perturbó mis facultades mentales. Me he vuelto loco, para decirlo con claridad, y gracias a esa demencia, en un arrebato incontrolable, he asesinado a la mujer que había buscado para que alegrara mi primera noche fuera del hospital. Le haré comerse el diario al que ha escrito eso.

—¿Recuerdas exactamente qué sucedió cuando encontraste a Eva en tu apartamento?

Lo dijo con calma, suavemente, pero sus palabras hicieron que me volviera hacia él echando chispas.

—¡No me diga que usted piensa como ese retrasado mental, senador!

—Me limito a hablarte desde el punto de vista de esos reporteros.

—Bueno, de cualquier modo recuerdo muy bien aquellos instantes. No habría podido matar a nadie aunque lo hubiera deseado porque apenas me sostenía sobre las piernas.

Cuando entré estaba muerta. Entonces, algo sucedió en mi cabeza que me tumbó sin conocimiento. Debió ser la impresión, y mi debilidad... no lo sé. Una especie de *shock* provocado por todo eso imagino.

—Los periodistas ignoran eso.

—¡Que se vayan al infierno! El mismo asesino debió llamar a la policía para precipitar los acontecimientos... ¡Condenación!

Quedé paralizado por la idea. El senador me contempló, alarmado. Dijo con voz insegura:

—¡Paul! ¿Qué pasa, muchacho?

—Mis huellas en el arma homicida. ¡Maldita sea mi estampa! El asesino debía aguardar a mi apartamento cuando yo llegué. Aprovechó que perdí el conocimiento y me hizo empuñar el estilete, o el punzón, para que dejara mi firma en él. Después lo tiró bajo la butaca. No pudo suceder de otra manera.

—Eso es absurdo, Paul. El no podía saber que quedarías inconsciente.

—No, claro que no... Quizá pensaba atacarme, o vaya usted a saber. El caso es que yo no tenía ningún punzón como ese en mi apartamento. Nunca tuve uno, así que no podían estar impresas mis huellas en ninguno. Tuvo que suceder como dijo, senador.

Esta vez no replicó, pero era fácil advertir que no estaba convencido con mi explicación.

Al cabo de un rato dijo:

—En las siguientes ediciones publicarán fotografías tuyas, Paul. Eso entorpecerá tus movimientos para investigar. No quiero que te arriesgues hasta ese extremo, así que estoy dispuesto a acudir a la policía y aclararlo todo, pase lo que pase.

—Olvídelo. Ahora estamos atados de pies y manos. Mi única esperanza es encontrar al culpable, y cuanto antes mejor. Además, la cosa se ha convertido en una cuestión personal, si entiende lo que quiero decir.

—Muy bien, pero quiero que sepas que, de cualquier modo que vayan las cosas, te respaldaré hasta el fin.

—Gracias, pero ojalá no deba usted hacerlo. Quédese en el hotel para que pueda ponerme en contacto con usted en cualquier momento. Voy a buscar a Sterling ahora mismo, porque es mi única esperanza.

Abandoné el hotel como si me persiguieran. Y, realmente, yo era ya un perseguido.

CAPITULO VII

En mi segunda visita al domicilio del *gigoló* tuve más suelte. Después de la segunda llamada, una voz gangosa gruñó:

—¡Entre! No está cerrado.

Giré el tirador y avancé, dispuesto a emplear una táctica agresiva con el tipo.

Entonces experimenté otra demostración de que aún no estaba en forma ni de lejos.

Recibí el golpe en la nuca y fue igual que si en mi cerebro explotara una bomba.

Durante una milésima de segundo todo fue una llama roja y luego me envolvió la más total y absoluta negrura.

En cierto modo, resultó algo muy parecido al instante en que Hougron me clavó la bala en la cabeza.

No sé si grité o no. No sé absolutamente nada de aquel instante, ni siquiera recuerdo cuándo golpeé el suelo.

Cuando el mismo lacerante dolor me arrancó una sucesión de gemidos, demostrándome a mí mismo que todavía estaba vivo, fue igual que volver a vivir los instantes que precedieron a la intervención quirúrgica.

Después escuché unas voces confusas y alguien me zarandeó sin demasiado cuidado.

Eso me arrancó otro quejido. Quise protestar por el brusco tratamiento, pero no encontré voz con que hacerlo.

Poco a poco fui dándome cuenta de que estaba tumbado sobre una superficie dura.

Unas manos expertas empezaron a revolotear sobre mi cabeza.

Un médico, pensé.

Luego, cuando pude abrir los ojos, descubrí que no me había equivocado. Lo malo fue que detrás del hombre que trabajaba en mi cráneo se erguía la maciza silueta del teniente Karrigan, y más allá,

dos silenciosos agentes de paisano me contemplaban con cara de pocos amigos.

El matasanos refunfuñó al fin:

—Bueno, eso es todo lo que puedo hacer aquí, teniente. Me alegré de entender lo que hablaban. Estaba volviendo a este mundo.

Karrigan le hizo una seña de asentimiento y se acercó.

—Paul —gruñó—, debiste seguir en el hospital por una temporada. Eso nos habría ahorrado un montón de trabajo desagradable.

—¿De qué infiernos estás hablando? Y otra cosa, ahora que lo pienso, ¿cómo llegaste tan a tiempo?

No replicó inmediatamente, y cuando después habló fue como si no hubiese escuchado mis preguntas.

Dijo:

—Vas a tener que hablar pronto y rápido, Paul. Dos cadáveres en menos de veinticuatro horas son demasiados, incluso para ti.

Las palabras zumbaron en mi mente unos instantes antes de adquirir todo su significado.

Entonces di un respingo y grité:

—¿Dos fiambres, es eso lo que dijiste?

Logré sentarme en el absurdo diván donde me habían tendido. El remachó, sombrío:

—Dos.

—Ni sé de qué estás hablando, Karrigan.

Bufó, rabioso, la mirada chispeante.

—No me vengas con cuentos —estalló—. Desde primeras horas de la noche toda la policía de la ciudad estuvo rastreando tus huellas. Y esta mañana vienes aquí y te cargas a otro. ¿Por qué demonios tenías que hacer una barbaridad así?

Otro muerto, pensé, espantado.

—¿Sterling? —aventuré.

—Tú debes saberlo perfectamente.

—¡Maldita sea, teniente! No puedes creer que yo soy un asesino. Nos conocemos desde hace muchos años y sabes muy bien que nunca mataría a nadie como no fuera en defensa propia, y menos a una mujer.

—No lo habrías hecho si estuvieras en tus cabales, pero ese plomo en la cabeza debió trastornar tu razón.

—¡Cierra la boca, idiota! ¿Pretendes decir que estoy loco?

—Más o menos. He cambiado impresiones con un par de médicos especialistas del cerebro. Los dos están de acuerdo en que ciertas heridas pueden dejar como secuela momentáneos ofuscamientos, intervalos de tiempo en que...

—¡Al diablo con eso! ¿Cómo puede un médico diagnosticar una dolencia sin ver siquiera al paciente? No he matado a nadie y de eso sí estoy absolutamente seguro.

—Espero que puedas contarlo sin adornos, muchacho. Pero habrá de ser una historia endiabladamente buena para que te crean.

—Si estás predispuesto a no creerme, más vale olvidarlo.

—¡Ah, no! Eso sería demasiado fácil. Empieza a hablar, y sin florituras. Limítate a los hechos.

Tras un silencio, hablé despacio y concentrando mis ideas para no olvidarme ningún detalle, de manera que le relaté cuanto podía decirle de mi encuentro con el cadáver de Eva, aunque sin revelarle la identidad de la mujer. A continuación le dije también cómo me habían golpeado al entrar en el apartamento del maldito Sterling y cómo ya no había vuelto a saber nada del mundo hasta despertar bajo las manos del médico.

—Fantástico —resopló tras escucharme—. Las dos veces has perdido el conocimiento, lo cual es muy cómodo por tu parte. Y precisamente los médicos con los que hablé coincidieron en que, después de un arrebató de furor, el paciente sufre momentáneo desvanecimiento tras el cual no recuerda nada. Es una forma de bloquear la mente, un rechazo del mal causado.

—No seas idiota. Yo lo recuerdo todo perfectamente.

Movió la cabeza casi con lástima. Se desentendió de mí para hablar breve y concisamente con sus hombres. Los vi partir a los dos y nos quedamos solos Karrigan y yo.

Entonces gruñó:

—Ahora puedes hablarme con sinceridad, Paul. Si algo te ha sucedido, si te ha dominado un impulso nefasto durante el tiempo de cometer esos crímenes, dímelo. Me ocuparé de proporcionarte cuanto necesites y ni siquiera te condenarán. Estarás en manos de buenos especialistas. ¿Te das cuenta? Por tu propio bien debes esforzarte en

recordar incluso los intervalos en que has permanecido inconsciente.

—Te he dicho todo lo que tenía que decir. ¿Cómo ha muerto Sterling?

Me miró recto a la cara. Comenzaba a enfurecerse de nuevo.

—De una cuchillada —explicó al fin—. Tenemos el cuchillo. y en él hay tus huellas dactilares. Es más, estaba bajo tu mano cuando te hemos encontrado tirado en la alfombra.

—Me gusta dar facilidades a la policía —refunfuñé con sarcasmo—. Dime otra cosa...

¿Cómo llegaste tan oportunamente?

—Uno de los vecinos llamó a la policía cuando oyó ruido de lucha en este apartamento.

—¿Hubo realmente una pelea?

—Seguro. El cadáver presenta arañazos y hematomas. Y tú has recibido también un buen trazo en el mentón a juzgar por las señales.

—Pamplinas. Me sacudieron en la nuca. Oye, ese vecino, ¿dio su nombre por teléfono?

—No, pero casi nadie se identifica cuando se trata de llamadas de esta clase. Temen las molestias y complicaciones que podrían producirles.

—Muy lamentable, ¿no te parece? Y en el caso de la mujer de mi apartamento,

¿también llamó un vecino?

—No lo sé. En todo caso, el aviso debió recibirse en el Precinto del distrito.

—Ya veo. Ahora, escúchame y trata de despejar tu cerebro de ideas preconcebidas.

Le expuse mi teoría sobre la manera cómo mis huellas habían aparecido en el punzón, la misma que ya discutiera con el senador. Luego añadí:

—Y en el caso de Sterling todavía es más evidente cómo lo hicieron. Podían haberme dejado abrazado al cadáver de habérseles antojado.

—Eso podría ser más o menos razonable si me dieras una sola razón capaz de aclarar el motivo por el cual te han elegido como chivo expiatorio. Podían haber aprovechado tu venida aquí para intentar encubrir su crimen y cargarte con el mochuelo, pero el cometido en tu apartamento no tiene explicación posible. Además, la mujer estaba desnuda. ¿También quieres hacerme creer que el asesino se tomó la molestia de desnudarla antes de matarla, y que ella no hizo nada por evitarlo, no luchó ni se defendió? Porque sus ropas estaban allí, intactas.

—Está bien, Karrigan —dije con un suspiro—. Veo que te aferras a tus errores. ¿Qué piensas hacer conmigo?

—Sólo hay una cosa que yo puedo hacer, aunque me resulte tan desagradable: Detenerte.

—Entiendo.

—¿Crees que me divierte la situación? —estalló.

—¿No hay nada que yo pueda decirte capaz de hacerte cambiar de idea?

—En absoluto. Estoy seguro que en tu sano juicio jamás habrías hecho nada semejante, pero esa bala en los sesos debe haber hecho más daño del que nadie imaginó.

Bueno, él hablaba y hablaba y yo estaba acabado si no me espabilaba.

Aún estaba parloteando cuando le golpeé bajo el mentón.

Se fue de espaldas contra la pared. Mis fuerzas no estaban en su mejor

momento, pero la sorpresa le aturdió tanto como el mazazo y así tardó en reaccionar, dándome tiempo a llegar hasta él, y esta vez le descargué un trallazo detrás de la oreja y su cabeza rebotó

contra el muro. Se desplomó con un quejido.

Salí a escape. No había policías en el pasillo, pero sí en la calle, junto a los coches.

Me escabullí sin prisas, pegado a la pared. No quise pensar en lo que sucedería cuando Karrigan recobrase el conocimiento. Ya tenía bastantes problemas.

CAPITULO VIII

Todos los periódicos de la tarde publicaban mi fotografía en primera página. Siempre me había encantado la publicidad gratuita, pero no de aquella clase.

Supe lo que era sentirse perseguido y acorralado, con mil ojos clavándose en mi nuca, vigilándome, buscándome.

Cada uniforme de policía que distinguía en las calles me producía un sobresalto. Cada persona que pasaba junto a mí y me dirigía una mirada distraída era un escalofrío.

Fueron horas interminables que pusieron a prueba mis nervios y que, con la tensión a que me sometieron, hicieron que olvidara incluso el latente malestar que torturaba mi cabeza.

Tan pronto oscureció entré en una farmacia, me encontré en la cabina telefónica y llamé al senador.

—Acabo de leer todos los periódicos de la noche —me soltó con voz alterada—. ¿Qué ha pasado, Paul, qué significa todo este alboroto?

—Nada de nombres por teléfono. Ya le contaré lo sucedido cuando le vea. De momento sólo quiero saber una cosa. ¿Tenía su mujer dinero propio, en cantidad?

—No, pero podía disponer de una suma mensual para sus gastos, aparte del sostenimiento de la casa. Además, si necesitaba más dinero para cualquier cosa, sólo tenía que indicármelo.

—Supongamos que hubiese necesitado una gran suma, cuyo destino no pudiera revelarle. ¿Habría podido disponer de ella?

—No, en absoluto.

—Está bien, de momento eso es todo.

—¡Espera! ¿Crees que podrás seguir adelante, tal como están las cosas ahora?

—Por lo menos, puede estar seguro que lo intentaré.

—Escúchame, amigo mío. Si crees que presentándome a la policía y declarando la verdad, diciéndoles que estás trabajando para mí, puedo aliviar tu situación, sólo dímelo.

No voy a permitir que te hundas sólo por ayudarme.

—Por el momento deje las cosas como están, no haga nada. Quédese en el hotel para que yo pueda comunicar con usted en todo momento.

Colgué y volví a la calle. Caminé un buen rato mezclado en la riada de gente que atestaba las aceras y así llegué a las inmediaciones de la casa donde vivía Lena.

Desperdiocé unos minutos escrutando los alrededores, temeroso de que Karrigan hubiese dejado vigilantes por aquella vecindad. Pero no pude ver nada sospechoso y eso me decidió a entrar.

Lena tenía veinticinco años, era decoradora, resuelta y tan hermosa que había ocasiones en que uno creía estar soñando cuando la tenía en brazos.

Abrió la puerta, dio un respingo al verme y cuando hubo entrado cerró apresurada, murmurando:

—¡Paul, cariño...!

Estuvo abrazada a mí en un segundo y su boca subió al encuentro de la mía como un torbellino de fuego.

Bueno, si ella seguía amándome todo estaba bien. O quizá no había leído los

periódicos...

—¡Pues claro que los he leído! —exclamó cuando se lo pregunté—, ¡Todos, querido, del principio al fin!

—¿Y no tienes nada que decir, nada que preguntarme?

—¿Para qué ensuciarse la boca? Están locos de atar al acusarte?

—Necesitaba oírte decir eso, amor mío. Hay momentos que hasta yo mismo me pregunto si estarán en lo cierto.

—No digas tonterías. Ven, siéntate y te prepararé un trago. Tienes un aspecto que asusta.

—Ya lo imagino.

Trajo las bebidas y hasta vaciar el vaso no reanudé el diálogo.

—Necesito tu ayuda, nena —dije—. No puedo acercarme a mi apartamento y es preciso que me cambie de ropa. En los periódicos me describen con este traje, el parche en la cabeza y hasta el color de la corbata. No puedo entrar en una tienda y comprar un equipo sin que me atrapen. Aquí es donde intervienes tú.

—¿Quieres que vaya de compras?

—Exacto.

—Lo haré, pero a estas horas los comercios ya están cerrados, cariño.

—Lo sé, pero hay un lugar que no cierra hasta mucho más tarde. Es una sastrería teatral y nunca hacen preguntas. Seguro que encontrarás un traje a mi medida y todo cuanto pidas. Debe ser todo ello de colores diametralmente distintos a los que llevo ahora. ¿Quieres probarlo?

—Dame la dirección de esa tienda —dijo por toda respuesta.

Cuando se marchó comprendí lo importante que es tener a alguien en quien confiar ciegamente.

Regresó media hora más tarde cargada con un paquete envuelto en grueso papel.

—No estoy segura de que te siente como un guante, pero es lo mejor que pude conseguir.

Arrojé la chaqueta a un rincón. Lena frunció el ceño al descubrir la funda con el revólver, pero no dijo nada. Entré en la habitación, terminé de cambiarme y volví a la salita, más seguro de mí mismo que hasta entonces.

—Y ahora cuéntame, querido —exigió, sentándose a mi lado.

—No me queda demasiado tiempo, nena. Debo buscar algo que al parecer no existe, pero puedo decirte que no he hecho nada de lo que me acusan. No he matado a nadie.

—Eso ya lo sé.

Le relaté a grandes rasgos todo lo sucedido. Yo mismo lo encontraba absurdo, pero era la verdad desnuda y sin adornos, de manera que ella me escuchó en silencio. No hizo ningún comentario. Cuando terminé me besó de modo fugaz y susurró:

—Vas a necesitar mucha suerte, Paul, para salir entero de todo esto.

Nos abrazamos junto a la puerta. Por mi parte hubiera permanecido toda la noche allí, sintiéndola mía por entero, entre mis brazos, hundiéndome en su boca hasta olvidar el temor, la sangre y la muerte.

Al fin apartó la cara y murmuró:

—Ten mucho cuidado, cariño.

Salí y esperé a que cerrara la puerta.

Mi siguiente paso consistió en colarme en el hotel Sheridan por la puerta de servicio sin ser descubierto. Recordaba muy bien el camino por el que me había conducido el jefe de los botones, de manera que pude llegar a la habitación que había ocupado Eva y, tras algunos forcejeos, conseguí abrir la puerta y colarme al interior.

Sabía por los periódicos que la mujer aún no había sido identificada, de manera que la policía todavía tardaría en invadir el hotel, así que aproveché para registrar a fondo el cuarto, sin saber realmente qué debía buscar.

Pero si no pude encontrar nada no fue a causa de esa ignorancia, sino porque no había cosa alguna que me sirviera para mis propósitos.

Excepto, quizá, un pequeño albarán extendido por uno de los más acreditados almacenes de modas de Hollywood, el Macy's.

Según aquel trozo de papel, le había sido entregado a la señora Eva Murphy un vestido de gala, de *lamé* dorado, y la fecha era de seis días atrás.

No obstante, en el armario no había rastro de un vestido semejante, ni siquiera parecido.

Era el segundo vestido que debía encontrarse allí y que, según todas las trazas, se había esfumado.

Tuve una súbita inspiración y me apresuré a abandonar el hotel con las mismas precauciones que a mi llegada, encaminándome a un teléfono público.

Mediante la guía telefónica localicé la dirección y el teléfono de Ferdinand Macy, el pomposo y famoso propietario del elegante negocio de modas.

Media hora más tarde estaba delante del afeminado individuo. Hube de reconocer que era un tipo cordial a pesar de sus ademanes amanerados, y sobre todo a pesar de haberme reconocido desde el principio.

Cerró la puerta y no me invitó a acomodarme en ningún sitio. Nos quedamos de pie en el amplio salón de entrada y allí me soltó con su voz atiplada:

—Acabo de leer los periódicos. Lo crea o no, me impresiona estar tan cerca de un hombre al que le dan esos arrebatos destructivos. Y ahora, dígame qué puedo hacer por usted.

—Yo no cometí esos crímenes, señor Macy.

—No se lo he preguntado. Sólo quiero saber qué desea, antes de que se largue de aquí con mil diablos. No quiero complicaciones, ni tener que declarar. Aborrezco las molestias y usted es algo más que una molestia.

—A pesar de todo, gracias por atenderme. Todo lo que deseo es una dirección.

—¿Qué?

—Unas señas. Supongo que habrá de pedir las a alguno de sus empleados. Los que se encargan del reparto.

—Es curioso... Bien, acabemos, es muy tarde para mí y su compañía no me seduce, señor Green.

Le mostré el albarán de entrega.

—¿Puede usted averiguar dónde fue entregado este vestido de *lamé*?

Arrugó el ceño. Una leve sonrisa distendió sus labios, parecidos a los

de una mujer.

Dijo:

—La señora Murphy... Una dama digna del vestido. Pero ignoro dónde fue entregado.

—El empleado que lo llevó debe recordarlo, pero sin la ayuda de usted nunca me lo dirá a mí. Aparte de que ignoro quién es, ni dónde encontrarlo.

Suspiró teatralmente.

—¿Es preciso que sea esta noche? Los libros están en la oficina. Si me llama por la mañana yo...

—Olvídelo —le atajé—. Cada minuto de esta noche tiene un valor inmenso para mí. Es mi propia vida la que anda en juego. No puedo esperar a mañana.

Volvió a suspirar con resignación. Parpadeó, mirándome con una lucecilla extraña en el fondo de sus pupilas.

—De acuerdo —claudicó—. El empleado se llama Tower, pero ignoro dónde vive. Vaya usted al almacén y pregúntele al vigilante nocturno. El le dará la dirección de Tower.

—Si ese vigilante va armado, y me reconoce, me soltará un tiro tan pronto vea que me acerco a la puerta. A menos que usted le telefonee antes dándole instrucciones.

Sonrió. Tenía unos dientes pequeños, blanquísimos y agudos. Sus largas pestañas aletearon.

—Es usted único pidiendo cosas —comentó—. Bien, si con eso he de perderle de vista lo haré. Voy a telefonar mientras usted va hacia allá.

Le miré recto a los ojos, tratando de captar sus intenciones, pero él soportó mi escrutinio con una leve sonrisa en los labios.

—Me gustaría estar seguro de que no será a la policía a quien avisará usted cuando yo haya salido, señor Macy.

—¿Cree que estoy loco? No deseo que me hagan perder la noche. Ni puedo permitirme perder el tiempo presentándome después a declarar. Sé las molestias que eso me acarrearía.

Tengo un trabajo endiablado en el almacén. Además, ellos cobran por cazarle a usted, no yo.

Esta vez no pude evitar echarme a reír.

—Es usted una gran persona —dije—. Avise a su vigilante, y gracias por su ayuda.

Cerró la puerta detrás de mí con suavidad, pero con evidente alivio.

A pesar de sus palabras, no pude quitarme de encima la inquietud hasta después de hablar con el guardián nocturno de los grandes almacenes.

CAPITULO IX

El hombre llamado Tower no me dejó pasar del umbral de la puerta, cosa que, a fin de cuentas, resultó una ventaja para mí porque en el rellano de la escalera había muy poca luz.

—Bueno —gruñó con visible desconfianza—. Si es cierto que el señor Macy le ha dicho que viniera a verme...

—Compruébelo llamándole por teléfono.

—¿A estas horas? No, gracias. ¿Qué es lo que quiere?

—Usted entregó cierto vestido a una señora. Este es el albarán. ¿Recuerda dónde lo llevó?

Miró el papel durante unos segundos.

—Ese fue el día que tuve la avería en la camioneta, al regreso de ese viaje justamente.

Fue cuando regresaba de Castair Canyon, en la maldita pendiente.

—¿Recuerda la dirección exacta?

—El número de la casa no, pero es fácil de encontrar. Está situada a la entrada de la calle, a la derecha. Tiene una piscina muy grande en el jardín. Espere... el buzón está a nombre de Roberts.

—¿Entregó el vestido a una mujer?

Casi puso los ojos en blanco.

—¡Y qué mujer! —suspiró—. No es fácil olvidar una dama como aquélla.

Saqué la fotografía de Eva y se la mostré.

—¿Era ésa?

—Seguro. Entonces pensé que sería algo muy lindo verla vestida con el traje dorado.

—Eso es todo, gracias. Puede decirle al señor Macy que me ha ayudado usted mucho.

Me alejé animado por la perspectiva que acababa de abrirse ante mí. Comenzaba a tener algunas ideas concretas sobre la trama que se había tejido en torno a Eva Murphy, aunque seguía a oscuras respecto a los crímenes.

Castair Canyon era un paraje tranquilo y solitario, en plena colina de Santa Mónica.

Indiqué al taxista que esperara al principio de la calle y caminé por la acera hasta localizar el buzón a nombre de Roberts. Desde la cerca descubrí la gran piscina, de manera que me interné por el jardín y llamé a la puerta, sabiendo por adelantado que nadie respondería.

Después empecé a trabajar en la cerradura. Cabía el riesgo de que el taxista abandonara el coche para estirar las piernas, pero ya tanto daba un riesgo más o menos.

La cerradura cedió y pude entrar en la casa. Corrí todas las cortinas y cerré los postigos antes de encender las luces. Luego inicié el registro.

Encontré el lujoso vestido de *lamé* dorado en el armario de la segunda habitación en la que entré. Había otros vestidos de mujer, pero ninguno azul.

El dormitorio en sí no me dijo nada que no supiera ya, excepto que estaba en la casa donde Eva debía haber pasado sus horas de amor con Sterling.

En otro dormitorio vecino encontré varios trajes masculinos. Los registré uno a uno y en el bolsillo de un *smoking* blanco hallé un papel arrugado.

Era una simple anotación con un número de teléfono y un nombre: R.

Behr.

Lo guardé en mi bolsillo. El resto de la casa no me proporcionó nada más de interés.

Pensé en todo eso mientras regresaba a la ciudad a bordo del taxi. Incluso el nombre y el teléfono anotados en el papel cabía la posibilidad de que fueran absolutamente ajenos al caso.

Lo examiné a la escasa luz del coche. Había sido arrancado de una hoja más grande, y en un ángulo campeaban unas letras negras que habían formado parte de un membrete.

Todo lo que podía leerse en ellas era algo así como *ircraft*.

Tal vez con un poco de suerte el papel diera dividendos.

Indiqué al taxista que se detuviera a cierta distancia del domicilio de Lena y esperé a perderlo de vista antes de moverme. Tampoco esta vez pude ver nada sospechoso en los alrededores.

Eso me intrigó, porque Karrigan no era ningún tonto.

Sólo necesité llamar una vez. Lena debía estar esperándome y llevaba un pijama de seda y una ligera bata encima. Con ése o pon cualquier otro atuendo estaba arrebatadora-mente bella.

—Estaba segura que volverías —susurró—. He pasado momentos terribles de ansiedad esta noche.

—¿Por qué?

—Temía que regresaras mientras estaba aquí el teniente Karrigan.

Me detuve cuando me disponía a besarla.

—¿Qué infiernos quería?

—Antes termina lo que habías empezado.

Así que la besé larga y apasionadamente. Su boca era cálida y acogedora. Era más de lo que podía desear un hombre acorralado.

Después dejé libres sus labios y ella dijo:

—El teniente sospechaba que tú vendrías aquí en cualquier momento, porque un tipo desesperado y perseguido busca instintivamente el

refugio seguro de una mujer.

—¡Qué te parece! ¿Lo dijo así?

—Casi con esas mismas palabras. Después de charlar un poco, me ha instruido sobre lo que debía hacer si tenías el atrevimiento de venir aquí.

—Delatarme, supongo.

—Eso es. Además, me ha advertido contra ti. Por lo visto existe el riesgo de que, si te amparo, amanezca con la garganta cortada de oreja a oreja. Ya sabes por qué... Si te da uno de tus demenciales arrebatos y todo eso.

—¡Deja de decir tonterías!

Se echó a reír.

—¡Pero si es cierto que Karrigan me lo ha advertido! Estaba muy inquieto por mi seguridad.

—Eso lo creo. Es lo bastante idiota para creerlo.

—Bueno, olvídalo. Siéntate y te prepararé algo de beber.

—Prefiero algo más sólido. No he probado bocado desde hace un siglo.

Asintió y se fue a la cocina. Preparó un banquete para mí solo en un tiempo récord.

—Es todo cuanto quedaba en la nevera, así que habrás de conformarte.

—Es más de lo que cabía esperar.

Despaché el festín en unos minutos y después me recosté en el diván para saborear un

cigarrillo con calma. Lena se instaló a mi lado y susurró:

—No sabes cuánto lamento que el médico te dejara salir del hospital. Por lo menos, allí estabas seguro.

—No te inquietes. Soy un hueso muy duro de roer.

—No lo fuiste para Hougron.

—Oh, bueno, él me pilló desprevenido por completo. Tú lo viste.

—Puede surgir otro Hougron detrás de cualquier esquina.

—No seas ave de mal agüero, cariño. Sea quien sea que maneja los hilos del asunto en que ahora estoy metido, va a necesitar algo más que un sucio pistolero para librarse de mí.

—Tal vez, pero de momento ya ha conseguido que toda la policía de la ciudad vaya detrás de tus huellas.

—También le haré pagar eso cuando llegue el momento.

Ella se estremeció.

—Sí, eso es lo que temo.

La besé suavemente en la comisura de los labios.

—Olvidalo —dije—. Pienso que estando juntos tú y yo existen cien motivos de conversación mucho más atractivos que éste.

—No desvíes el tema, Paul, se trata de tu propia seguridad. Cuéntame qué estuviste haciendo esta noche.

Suspiré. No había nada que hacer.

—De acuerdo, tú ganas...

—Como de costumbre —dijo riendo.

—No puedo presumir de haberme portado de una manera muy inteligente —

expliqué—, pero eso puede achacarse al estado de debilidad.

Y le conté mis pasos de un lado a otro.

Cuando callé opinó, con voz disgustada:

—Tienes razón, te portaste como un tonto. Podían haberte cazado sin dificultad sólo con que ese afeminado hubiera llamado a la policía. Además, no comprendo qué querías con seguir con todo eso.

—En primer lugar, asegurarme de que las relaciones entre Sterling y la

mujer asesinada en mi apartamento eran algo más que platónicas.

—¿Llamarías platónicas a las nuestras, querido?

—Bueno, si hemos de llamar a cada cosa por su, nombre, yo diría...

—¡Cierra la boca! —me atajó, riendo—. Es mejor que continúes con el problema.

—Está bien, Sterling tenía ese *bungalow* a nombre de Roberts como refugio para sus sucios manejos con las mujeres que exprimía. Yo quería comprobar además si el vestido azul con el que Eva fue vista por el botones del hotel estaba allí o no.

—¿Y...?

—No estaba, claro.

—Sigo sin comprender qué importancia tiene ese vestido.

—Tiene mucha más de lo que puedas imaginar. En primer lugar, indica que el crimen fue planeado con cierto tiempo, no producto de un arrebató o de una situación surgida inesperadamente. Ella no se cambió de vestido por sí misma, ¿comprendes?

—Ni una palabra.

—Escucha, linda; lo lógico sería que Eva se hubiera cambiado de vestido en su habitación del hotel, o en el *bungalow* donde se reunía con Sterling. Una mujer no dispone de docenas de sitios donde cambiar de indumentaria así como así.

—Ya veo. Tú opinas que el cambio de vestido se realizó en tu apartamento. ¿No es cierto?

—Ni más ni menos. Ella acudió a mi apartamento con su vestido azul y su correspondiente bolso a juego, pero el asesino la siguió, apuñalándola tan pronto pudo introducirse en mi guarida. Naturalmente, ella estaba vestida cuando la mataron.

—Muy bien, hasta aquí te sigo. Pero, ¿por qué el cambio de ropas, y el tiempo que el criminal perdió con todo ese juego de manos? Corrió un riesgo terrible.

—No tanto como crees. Hay una salida trasera del edificio que comunica con todas las plantas. Pudo entrar y salir a su antojo, con el fardo de ropas bajo el brazo, sin que nadie advirtiera su presencia. Yo

creo que al matarla, aparte de conjurar el peligro de que Eva hablara conmigo, el criminal intentó que el asesinato fuera convertido por los periódicos en un escándalo pasional. Algo que debido a la personalidad de la mujer habría alcanzado dimensiones nacionales.

—Creo que ahora sí lo comprendo.

—Está muy claro. Además, lo que hizo conmigo en casa de Sterling, dejándome a merced de la policía, se lo facilité en mi apartamento al perder el conocimiento.

—Claro, una mujer de las altas esferas encontrada desnuda y asesinada, en compañía del criminal inconsciente. Ya veo los titulares...

—Lo malo para el asesino fue que recobré el sentido antes de lo que imaginó.

—¿Y las ropas que estaban en tu cuarto?

—El las llevó allí. No podía dejar el traje azul y todo lo demás porque entonces se descubriría que había sido asesinada con las ropas puestas. Eso quitaría verosimilitud al crimen pasional, desgarrado, que pensaban presentar. Por eso necesité proveer al cadáver de todo un equipo distinto.

Encendí otro cigarrillo y apoyé la cabeza en el diván. Estaba hecho migas.

Lena se inclinó sobre mí, solícita.

—Es mejor que descanses ahora, cariño. Ya hemos charlado bastante por esta noche.

—La verdad es que estoy en las últimas. Y se me ocurre que es lamentable... estando tan cerca de ti.

Se echó a reír. Señaló una puerta y runruneó:

—Ya conoces el camino del dormitorio, no esperes que te lleve a rastras.

—Dudo que pueda llegar por mis propios medios...

Eché a andar trastabillando. Era cierto que estaba al borde de mis fuerzas, al límite de la resistencia humana. La cabeza volvía a zumbarme y sentía el suelo oscilar bajo mis pies.

Ella me rodeó la cintura con un brazo y así llegamos al dormitorio. Cuando me soltó caí de espaldas sobre la cama. Mis ojos se cerraban, pero aún pude verla mirándome con un rictus irónico en sus labios.

—¿Paul? —susurró.

No repliqué. Empezaba a apagarme como una vela.

—¿No me oyes? —insistió.

—Déjame dormir, eso es todo lo que necesito...

Aún la oí reír muy quedo. Empecé a flotar en una blanda nube de olvido donde no había nada más que quietud y paz. Pensé que el sueño era una gran cosa.

Sólo que duró poco.

—¡Paul!

Su voz hizo añicos la nube que me envolvía, rompió el naciente sueño y me obligó a parpadear.

Ella insistió:

—¡Mírame, Paul!

Eso no era nada fácil dado mi estado, pero peleé con mis párpados tratando de obedecerla.

Ojalá no lo hubiera hecho. Mis ojos tropezaron con unos pezones de coral, tiesos y rígidos, que coronaban las cumbres de sus pechos cremosos.

Era una tortura porque yo estaba más muerto que vivo.

No sé si dije algo o no. Estaba casi fuera de este mundo.

Pero ella sí movía los labios, aunque no entendí su voz. Apenas la oí, fascinado por el agitado movimiento de sus senos, que acusaban su agitada respiración. Deslicé la mirada hacia abajo, en parte porque mis ojos se empeñaban en cerrarse. No llevaba nada sobre su liso estómago. Toda su piel tenía ese tono dorado que sólo es capaz de imprimir el sol de California.

Allí donde terminaba el estómago tampoco quedaba nada de ropa, sólo una sombra oscura y tentadora.

Aún vislumbré sus muslos gloriosos antes de que mis ojos se cerraran.
La oí protestar y luego dijo:

—Realmente, ¿estás tan mal como pareces?

Sus manos empezaron a enredar en mi camisa y luego sobre mi piel.

Justo entonces me apagué como una vela y no supe lo que me perdía.

CAPITULO X

Antes de abrir los ojos olfateé el aire como un perro de muestra. Olla a café recién hecho.

Miré en torno. Mis ropas estaban esparcidas artísticamente por encima de la alfombra.

Entre ellas había otras delicadas y cuajadas de encajes que yo nunca había llevado, claro.

La funda con mi revólver colgaba del respaldo de una silla, y unos sujetadores etéreos, negros y frágiles, estaban prendidos de la culata.

Hice otro descubrimiento a raíz de ese panorama. Estaba completamente desnudo bajo la sábana.

Bien, de cualquier modo que fuera, no recordaba lo que había sucedido ni siquiera ayudando a mi memoria con la visión de aquel muestrario de ropas interiores.

Entonces Lena apareció en la puerta. Traía un enorme tazón de café y era una imagen adorable envuelta en un frágil salto de cama, a través del cual uno podía admirar todos los recovecos de su fantástico cuerpo.

—Ya has regresado a este valle de lágrimas, ¿eh? —exclamó, sonriendo—. El café acabará de ponerte en órbita.

—Antes, acércate.

Lo hizo y atrapé su boca con un beso en el que deseaba expresarle todo lo que sentía, por ella. Y no era sólo agradecimiento.

Se echó atrás y susurró:

—¿Qué pretendes, empezar otra vez?

—¿Otra vez...?

—Por mí está bien, aunque no pensé que tuvieras suficientes energías después de lo de anoche.

—¿Qué pasó anoche?

—¿No lo recuerdas?

—Tengo una nebulosa visión de tu anatomía al natural...

—¿Y nada más?

—En absoluto.

Suspiró, divertida.

—Estabas casi inconsciente, agotado y medio muerto, pero aún así deberías recordar lo que hicimos. Bueno, para decir la verdad, las cosas que te hice, porque al principio tú estuviste más bien pasivo. Pero después...

Aleteó sus largas pestañas y añadió:

—Fue una explosión, querido.

—Una explosión, ¿eh?

—¡Y de qué calibre!

Engullí el café. Me reanimó y alargué las manos tratando de atraparla, pero saltó hacia atrás sacudiendo la cabeza.

—¡Ah, no, a estas horas no! ¿Olvidas que estás metido hasta el cuello en el peor lío de tu vida? Creo recordar que dijiste algo sobre lo mucho que tenías que hacer.

—Estando contigo sé muy bien lo que he de hacer.

—Ya lo hiciste. Anoche.

Se llevó el tazón vacío y antes de salir del dormitorio aún me advirtió:

—El baño está preparado. Empieza a moverte, holgazán.

Desapareció dejándome con los dientes largos.

Tan pronto me hube vestido, después del baño, ella tenía el desayuno preparado y lo devoramos los dos sin cambiar apenas una palabra.

Luego, mientras encendía el primer cigarrillo del día, recordé el pedazo de papel hallado en el bolsillo de un *smoking* blanco y entré en materia.

Disqué aquel número al teléfono. Al segundo timbrazo, una voz arrulladora y profesional recitó en mi oído:

—Compañía Jackson Aircraft. ¿Quién habla, por favor?

—Me llamo Smith. Deseo comunicar con el señor Behr.

—¿Dice que su nombre es Smith?

La voz ya no sonó tan arrulladora.

—Exactamente. ¿Quiere usted que me lo cambie?

—¿Qué asunto desea tratar con el señor Behr, si es usted tan amable?

—Soy amable, pero es un asunto privado y personal. ¿Quiere ponerme en comunicación con él de una vez?

—Lo lamento mucho, señor Smith. El señor Behr no recibe llamadas ni visitas, a menos que hayan sido concertadas de antemano.

—Una costumbre muy poco práctica. ¿Qué cargo ocupa ese señor Behr, encanto?

—¡Cómo! ¿No sabe usted siquiera eso?

Colgué. Por el momento ya tenía bastante.

Detrás de mí, Lena murmuró:

—¿Quién es ese individuo?

—Un tipo importante al parecer.

—¿Y además de eso?

—No lo sé, pero pienso averiguarlo.

—Antes de salir, déjame que te recuerde que tu fotografía adorna todas las primeras páginas de los periódicos, querido. Cualquiera que te reconozca y será el fin.

—No pienso estar encerrado aquí más tiempo. Hay cosas que hacer. Además, Karrigan puede volver y entonces te verías en aprietos.

—No creo que venga. Quedó convencido de haberme asustado tanto, que está seguro que le llamaré si tú apareces.

—Aunque estés en lo cierto no quiero arriesgarte. Las leyes con muy severas con los encubridores de un asesino.

—Pedazo de idiota...

Se empinó sobre las puntas de los pies y sus labios acariciaron los míos. Aunque no fue más que un leve roce me hizo sentirme casi entero.

Volví a descolgar el teléfono y llamé al senador. Su voz reflejaba una tremenda ansiedad cuando exclamó:

—¿Dónde demonios estuviste metido, Paul?

—Le advertí que no pronunciara nombres por teléfono. Necesito verle, pero no me atrevo a presentarme en el hotel. Mi cara es demasiado popular estos días.

—Está bien, ¿qué sugieres?

—Hay un bar pequeño y discreto en la calle Scott. Un rótulo más grande que el local ostenta el nombre de Martin's. El propietario es un portorriqueño muy discreto. Vaya allí, siéntese en un reservado del fondo y espéreme.

—De acuerdo, pero recuerda que esta misma noche debo regresar a Washington y no quiero dejar abandonada a... a Eva. He de echar mano de toda mi voluntad para no reclamarla inmediatamente.

—Tómelo con calma. Creo que estamos en el buen camino. Hasta luego.

Colgué y estuve unos instantes quieto, reflexionando. Creía tener una vaga idea de lo que había movido la mano criminal que no había vacilado en matar dos veces en pocas horas, pero incluso con ese convencimiento era imposible imaginar quién era el propietario de aquella mano.

Lena deslizó sus dedos de seda en mi mano y murmuró:

—Eres un cabezota, cariño, pero recuerda que esta noche espero que regreses de una pieza.

—Oye, se me ocurre...

Callé, dándole vueltas a la súbita idea.

Ella empezó a impacientarse y me acució a seguir. Dije:

—Si tú necesitas un asesino, ¿cómo te las apañarías para

encontrarlo?

—¡Paul! ¿Estás bromeando?

—Jamás he hablado tan en serio. Si mis ideas son correctas, alguien necesitaba un asesino, pero éstos no se anuncian en los periódicos como cualquier otro profesional.

Encontrarlo no es fácil, a menos de disponer de extensas relaciones en el mundo del hampa.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Olvidalo. Pensaba en voz alta. A veces me gusta escucharme a mí mismo.

Hizo un mohín y masculló:

—¿Será cierto que tu cabeza no rige como es debido?

—Empiezas a dudarlo, ¿eh? Piensa en eso de aquí a la noche.

La besé por última vez y abandoné el apartamento sumido en un mar de dudas.

No me atreví a tomar un taxi. Los taxistas son curiosos por naturaleza y saben sacar un excelente partido del espejo retrovisor, así que me encaminé a buen paso hacia el suntuoso domicilio privado de Mark Steel, enclavado en la cumbre del edificio Royal Building.

Tenía ascensor privado, entrada personal más allá de la esquina y, por añadidura, un ascensorista muy especial.

Pulsé el botón de llamada. Las sólidas puertas de acero se abrieron un par de minutos más tarde y el gigantesco Brandon apareció, casi llenando por entero el ascensor.

—Debes haber madrugado mucho, amigo —comenté colándome a su lado—. ¿O tú no duermes nunca?

Soltó un gruñido que no significaba nada. Las puertas se cerraron y el chisme salió disparado hacia arriba con la velocidad de un cohete. A la misma velocidad mi estómago descendió hasta los talones.

Cuando llegamos me sacó fuera y pegado a mí me escoltó hasta el soberbio apartamento de Steel.

Este se encontraba tumbado en la terraza, protegido del sol por un toldo a rayas blancas y azules. Daba cuenta de un abundante desayuno.

—Siéntate, Paul. ¿Has desayunado ya?

—Seguro.

—Entonces cierra el pico hasta que yo termine.

Encendí un cigarrillo. El saboreaba cada bocado, como debía saborear todos los placeres de este mundo.

Al fin terminó y tras encender un cigarrillo dijo con una sonrisa:

—Dispara. Ahora estoy en condiciones de oír cualquier cosa.

—¿Has leído los periódicos?

—¡Ya lo creo! —exclamó con entusiasmo—. Eres el enemigo público número uno.

Karrigan estuvo a verme anoche. Está muy preocupado por ti.

—¡Y tan preocupado! Está rabiando por encerrarme en un manicomio. ¿Te dijo que yo estoy loco de atar, y que mato a la gente sólo por diversión?

—Algo así vino a decir.

—El muy estúpido. Y entre tanto el asesino se ríe de la policía a carcajadas..

—¿Has venido a contarme tus penas, muchacho?

—No me gusta llorar sobre el hombro de un tipo tan feo como tú. Quiero tu opinión sobre una idea que se me ha ocurrido.

—Bien, adelante.

—Imagina que alguien de la alta sociedad, alguien que ocupa una elevada posición social; un fulano importante y con mucho dinero, necesita contratar un asesino. ¿Cómo crees que se las arreglará para conseguirlo?

Dejó de saborear el cigarrillo y clavó sus ojos astutos en mi cara.

—Más claro, Paul. Ese individuo de que hablas, ¿tiene «relaciones»?

—No lo creo. Para ti y para mí, que conocemos el ambiente, sería relativamente fácil encontrar un especialista del cuchillo o de la pistola, pero no para un extraño. Y no puede poner un anuncio en los periódicos solicitando un asesino profesional.

Se echó a reír.

—No, evidentemente no puede hacer eso. Pero puede buscar a alguien que esté metido en el bajo mundo, alguien que conozca el ambiente tan bien como nosotros.

—Tampoco eso me parece probable en este caso. Equivaldría a enterar a un tercero de sus propósitos criminales.

—Es la única solución que se me ocurre. O eso, o liquidar a quien fuere por su propia mano.

—Eso me convence menos todavía.

—Entonces, Paul, no cabe duda que si quiere encontrar a su hombre recurrirá a alguien que le sirva de intermediario. Alguien que se mueva a sus anchas en el mundo del hampa.

—Tal vez, pero me parece problemático. ¿Cuántos especialistas del cuchillo conoces tú, Mark?

Dio un respingo y sacudió la cabeza.

—No desbarres, muchacho. Hace muchos años que me retiré de ese ambiente.

—Ya lo sé. Pero eso no responde mi pregunta.

Lo pensó un buen rato. Al fin gruñó:

—No conozco ninguno en la actualidad. En otro tiempo estaban por aquí Billy «Red», y

«El Matarife», pero a los dos se los cepillaron en un tiroteo. ¿Crees que ha sido un profesional quien ha matado a los dos que te endosan a ti?

—Todo lo que sé de la muerte de Sterling es que le acuchillaron. Pero vi la herida de la mujer en mi apartamento y te aseguro que era algo muy limpio.

—Te sorprenderías de lo que puede hacerse con un punzón como ése que describen los periódicos. No se necesita ninguna práctica para hundirlo hasta la empuñadura.

—¿En mitad del corazón?

Se encogió de hombros.

—Bastan sólo unos ligeros conocimientos de anatomía.

Volvió a saborear el tabaco placenteramente.

Yo dije, más preocupado que nunca:

—Tal vez estés en lo cierto y no haya sido la mano de un profesional...

—¿Quieres un consejo, Paul?

—Claro.

—Olvídate de este embrollo y lárgate de la ciudad por una temporada. Tarde o temprano la policía dará con una pista que los lleve hasta el criminal y entonces podrás volver.

—No, gracias. He de resolver este asunto por todo el día y la noche de hoy.

Se atragantó con el humo y tosió, furioso.

—¿Qué clase de estupidez es la que has dicho?

—No puedo darte detalles, pero esta noche debo haber aclarado el caso.

—Tú estás loco.

—Eso opina la policía.

Sacudió la cabeza y aplastó el cigarrillo en un cenicero. Luego masculló:

—¿Por qué infiernos no demuestras un poco de sentido común y me cuentas en qué lío estás metido, además de los fiambres que te han endosado?

—No puedo, Mark.

—¿Es a causa de una carta del Senado que recibiste en el hospital?

—¿También sabes eso?

—Tengo ojos y oídos en todas partes. Hasta en la Morgue.

Quedé helado, mirándole sin atinar a hacer la pregunta que me quemaba la lengua.

El añadió con la misma voz tranquila:

—Sé quién era la mujer que mataron en tu apartamento. Y he oído que el senador Murphy ha desaparecido de Washington. Entre tú y yo, no me sorprendería que estuviera en Los Angeles.

Me levanté de un brinco, estupefacto.

—¿Qué demonios quieres decir con todo eso? —estallé.

—Siéntate.

—¡Y un cuerno!

—¡Siéntate, maldita sea! Odio hablar con el cuello torcido.

Volví a sentarme como en trance.

—Está bien, Mark, parece que sabes más de este asunto que yo mismo. Adelante.

—No sé nada de nada, excepto que ese senador va a desencadenar un cataclismo económico.

—¿Te importaría decirme cómo estás enterado de eso?

—No seas estúpido. Tengo mucho dinero invertido en acciones, además de mis otros negocios. Los agentes de bolsa que trabajan para mí tienen sus antenas siempre desplegadas. Ellos me aconsejaron desprenderme de todas las acciones de ciertas compañías que estaban en mi poder. Basaron su consejo en una moción que ese condenado senador va a presentar mañana, o pasado, no lo sé con exactitud.

—Así que vendiste un buen paquete, ¿eh?

—Ya puedes jurarlo. Pero si las cosas suceden como mis agentes vaticinaron, dentro de dos días esas acciones no valdrán ni la quinta parte de su valor nominal.

—Ya veo. ¿De qué compañías era ese papel?

—Fábricas de aviones militares, componentes de vuelo y electrónicas... aunque hay otras que van a recibir un buen revés.

—Ya veo.

—¿Puedes contarme algo más ahora?

—Ni una palabra, Mark. Estoy desconcertado, porque no sé si lo que acabas de decirme me ayuda a aclarar mis dudas o las confunde más todavía.

—Como quieras, Paul. Lo único que añadiré es que te apartes de este asunto. Hay montañas de millones en danza. Un obstáculo como tú lo barrerán con un soplo.

—Tal vez no. Una última pregunta y te dejaré en paz con tu digestión... Entre esas acciones que vendiste, ¿las había de una empresa llamada Jackson Aircraft?

Sonrió de oreja a oreja.

—Paul, no eres tan tonto como pareces. Vendí un paquete de casi trescientos mil de esa compañía.

—Ajá, gracias por todo, Mark. Quizá volvamos a vernos esta noche.

Me largué con nuevas ideas dando vueltas en mi cansada mente. Cada vez se complicaban más las cosas.

CAPITULO XI

Me escabullí por las entrañas del hospital hasta localizar el despacho del médico que me había operado y cuidado, el doctor Gibson.

Empujé su puerta, entré y cerré apresuradamente. El médico levantó la cabeza y gruñó:

—Otra vez llame antes de... ¡Cristo, usted!

—No parece muy contento de verme, doctor.

—Síntese. La policía estuvo aquí interrogando a todo el mundo.

—Están desplegando una gran actividad estos días.

—Green, tiene usted peor aspecto que cuando salió del hospital.

—Anoche lo tenía peor. Me golpearon en la nuca con algo muy duro.

Arrugó el ceño. Levantándose, rodeó la mesa y me examinó el cráneo con atención.

—Pudieron matarle con ese golpe —resopló al fin—. ¿Cómo sucedió?

—Es largo de contar y no dispongo de tiempo. He venido por otra cosa. ¿Ha leído esas historias sobre mis arrebatos de locura?

—Por supuesto. Y volví a examinar su caso bajo esas informaciones.

—¿Y bien?

—Podría darse ese supuesto, naturalmente, pero es sumamente improbable. La bala no le afectó el cerebro.

—¿Lo ha declarado así a la policía?

—Claro, pero he de reconocer que no me hicieron el menor caso.

—¿Le han interrogado los periodistas también?

—No.

—¿Estaría dispuesto a declarar eso mismo a la prensa?

Se encogió de hombros, fastidiado.

—No tendría inconveniente.

—Gracias, doctor. Haré que Burgoyne se entreviste con usted. Y ahora, con toda sinceridad, doctor, ¿cree que puedo haber matado a esas dos personas bajo los efectos de un súbito arrebato de locura homicida?

—Personalmente, opino que no, a pesar de que es un caso que podría darse en un paciente de sus características, aunque en una proporción, digamos, de una probabilidad entre un millón.

Suspiré con alivio.

—Es todo lo que deseaba saber, doctor. Creo que mi cabeza funciona bien después de todo. Lo único que me preocupa son las náuseas.

—¿Qué náuseas? —exclamó.

Le conté lo que me había sucedido inmediatamente antes de encontrar el cadáver de Eva, y lo que siguió después de recobrar el conocimiento. Al final indagué:

—¿Eso también desaparecerá con el tiempo?

—No tengo la menor idea. Esas náuseas debieron ser provocadas por alguna causa ajena a su herida. Pero incluso así es muy extraño que le produjeran pérdida del conocimiento. Tal vez ingirió algo en malas condiciones, comida o bebida, eso no lo sé.

—Tal vez el whisky...

Estreché su mano y abandoné el hospital con las mismas precauciones que a mi

llegada.

Encontré una cabina telefónica, me encerré dentro y traté de localizar a Burgoyne.

En su domicilio el teléfono no respondió. En la redacción dijeron que no había aparecido por allí desde la noche anterior, así que acabé llamando al bar donde acostumbraba emborracharse y allí estaba.

Tan pronto oí su voz dije:

—Necesito que hagas algo por mí, Burgoyne. Es importante.

—¡Maldita sea tu estampa! ¿Dónde estás, Paul?

—Deja eso ahora. Quiero que vayas al hospital y hables con el doctor Gibson. Publica lo que él te diga respecto a ese cuento de los ataques de locura homicida que me habéis endosado entre todos los reporteros. Es todo lo que te pido.

—De acuerdo, lo haré, pero después que te confíes a nosotros. Hablé con el director y está conforme en tomarte bajo la protección del periódico. Ya sabes cómo se hacen estas cosas. Tendrás todas las garantías posibles.

—Olvídalo. Tengo algo muy importante entre manos.

—¡Condenado estúpido! ¿Más importante que salvar el pellejo?

—Quizá lo sea. No pienso entregarme de ninguna manera. Lo haría si fuese culpable, pero no he matado a nadie, Burgoyne.

—Bueno, de eso no puedes estar seguro, muchacho.

—¿Tú también piensas eso? Creo que he perdido el tiempo al llamarte.

—¡Espera un minuto! Veré a ese médico hoy mismo. ¿Dónde estás tú ahora?

—En una cabina.

Colgué, furioso y desconcertado, pero más resuelto que nunca a seguir adelante.

Mi siguiente parada fue en el bar donde había citado al senador.

Lo encontré impaciente, nervioso, casi histérico.

—Todo esto es horrible, sórdido, Paul —masculló por todo saludo—. Esta incertidumbre, y la pobre Eva en el depósito de cadáveres sin hacer nada por ella.

—Podrá ocuparse de ella muy pronto. Ahora necesito respuestas a unas preguntas y no quiero más secretos. La única manera de saber a qué atenerme es conociendo lo que usted prepara en el Senado. ¿Me ha comprendido?

—Perfectamente.

—Muy bien. Antes de que empiece a hablar, le diré que algunos pormenores de su moción se han filtrado. ¿Lo sabía?

—Ya contaba con que correrían toda clase de rumores.

—¡Con un demonio! Son algo más que rumores. Un conocido mío se ha desprendido de una montaña de acciones de varias compañías que, según esos «rumores», irán al traste con su informe.

—Hay cosas que no pueden evitarse. De cualquier modo, Paul, esas alzas y bajas en las cotizaciones de bolsa es algo que no me preocupa en absoluto.

—De acuerdo. Hablemos de lo que sí es preocupante si le parece: su informe o lo que sea.

Suspiró y al fin dijo:

—Hice un estudio real, actualizado y comprobado, sobre las necesidades futuras del arma aérea. Naturalmente, asesorado por los

máximos expertos en el tema.

—Más claro. No olvide que sólo soy un pobre detective privado que se pierde con todas esas elucubraciones de la Defensa.

—Bueno, te lo diré en cifras y así quizá resulte más inteligible para ti. El presupuesto pendiente de aprobación en las dos Cámaras, destinado a la construcción de grandes aviones capaces de transportar toda clase de artefactos nucleares, se eleva a casi cuatro mil millones de dólares.

Silbé por lo bajo. El ni siquiera lo advirtió metido como estaba en su terreno.

—Considero que eso es un derroche inútil —prosiguió con su voz contenida—. Dentro de tres o cuatro años esos aviones y sus costosos equipos de mantenimiento estarán anticuados, debido a la creciente eficacia de los ingenios interceptores, y al auge de los cohetes. En consecuencia, demuestro con datos y cifras mi opinión tendente a suspender esos planes, cancelando la fabricación de grandes aviones. ¿Comprendes ahora? No se pueden despilfarrar cuatro mil millones de dólares en unos aparatos que no servirán más que para enriquecer a las empresas que consigan los contratos estatales.

—Ya veo...

—Mi informe está asesorado por los más prestigiosos expertos del Pentágono y es seguro que será tomado en consideración. ¿Es eso lo que querías saber?

—Ciertamente. Si he entendido bien, un puñado de compañías van a dejar de ganar cuatro mil millones de dólares. ¿Es así?

—Ni más ni menos.

—Por eso están cayendo las acciones...

—¿He aclarado tus dudas, Paul?

—Creo que sí. Ahora necesitamos saber cuál de esas compañías ha decidido impedir que usted presente semejante bomba al Senado.

—Me resisto a creer que alguien haya sido capaz de llegar hasta el crimen para... Y mi pobre Eva... —su voz se quebró.

Yo dije:

—Ella fue asesinada porque, de algún modo, descubrió lo que alguien

tramaba contra usted, aunque valiéndose de su inocente colaboración.

—¿Quieres decir que sabes por qué la mataron?

—Casi con toda seguridad.

—¡Por favor, Paul, habla!

—No levante la voz si no quiere más publicidad de la que nos conviene.

—Está bien, está bien, pero explícate.

—Son sólo datos aparentemente sin conexión, pero una vez examinados las cosas cambian, tienen sentido. En primer lugar, está la urgencia con que ella intentó recurrir a mí.

Excitado, el senador se inclinó vivamente hacia adelante. Su codo derribó el vaso y el estallido del cristal en el suelo atrajo la atención de un camarero, quien se apresuró a limpiar el licor derramado sobre la mesa.

Impaciente, el senador me apremió:

—Lo siento... Continúa, Paul.

El paño con que el mozo frotaba la mesa se inmovilizó súbitamente. Maldije para mis adentros.

El camarero me miraba con los ojos entrecerrados. Dio media vuelta y se alejó apresurado.

—Bueno, tenía que suceder —dije resignadamente—. El tipo me ha identificado.

—¿Tú crees?

—Seguro. Vuelva al hotel. Le llamaré para una nueva cita. Ahora he de largarme de aquí a escape.

No pude ver al camarero por ninguna parte cuando salí del establecimiento. Imaginé que se encontraría agarrado al teléfono y que no tardarían ni cinco minutos en hacer su aparición los patrulleros.

No me equivoqué. Aún pude oír la sirena de un auto patrulla. Luego, doblé varias esquinas y me orienté para regresar a casa de Lena por el

camino más corto.

CAPITULO XII

Ella sacudió la cabeza, inquieta.

—Debe ser cierto que has perdido la chaveta —me espetó, furiosa—, ¿Qué crees que hará Karrigan, escucharte amablemente todo el tiempo que quieras, después que le dejaste sin sentido a golpes?

—No tendrá más remedio que escucharme. Te repito que no poseo una sola prueba, solamente indicios dispersos. Y mis malditas náuseas, ¿comprendes? Para obtener pruebas necesitaría mucho más tiempo del que dispongo, porque el senador va a regresar a Washington esta noche.

—Incluso así, no podrás...

La interrumpí con un gesto.

—Si no hago estallar un cartucho de dinamita bajo sus narices jamás conseguiré aclarar el caso en esas horas que faltan. Está demasiado bien cubierto.

Lena se estremeció. Las dudas y el temor continuaban aleteando en su mirada.

—Será tu fin, Paul —susurró.

—Quizá, pero no puedo hacerlo de otro modo. Es mi último recurso.

Enroscó los brazos en torno a mi cuello y dijo con voz contenida:

—Suponiendo que te salga bien, ¿todo habrá terminado esta misma noche?

—Seguro.

—Y ya no habrá nada que temer. Tú y yo podremos vivir tranquilos de una maldita vez...

¿Es así?

—Ni más ni menos.

—Está bien, adelante, haré lo que quieras. Lo que no entiendo es por qué quieres que Mark Steel esté presente... No pensarás que tiene nada

que ver con todo esto.

Le enseñé los dientes en una gran sonrisa.

—El no, pero es el propietario de un hermoso *bungalow* en Miami, y tiene un guardaespaldas de peso pesado. Por eso voy a llamarlo también.

—Decididamente, estás chiflado.

Localicé a Steel en su apartamento todavía. Cuando lo tuve al teléfono le espeté:

—He resuelto el acertijo, amigo. ¿Quieres presenciar el desenlace?

—¡Ya lo creo que sí! ¿Qué esperas que haga?

—Toma nota de una dirección y ven aquí inmediatamente. Y antes que me olvide, trae las llaves de ese refugio tuyo de Miami.

Le oí reír a carcajadas.

—¡Así que has decidido seguir mi consejo!

—Siempre he sabido que tus consejos valen como el oro, Mark. A propósito, ¿lo tienes equipado para dos personas?

—¿Para dos...? ¡Maldita sea! Te llevas a esa nena que estaba contigo cuando te pegaron el plumazo. ¿Es así?

—Has acertado a la primera. Trae las llaves, y que te acompañe Brandon. Será un buen recurso.

—¿Brandon? Bueno, tú estás para que te aten, pero me acompañará.

Colgué después de indicarle la dirección de Lena.

Después le tocó el turno al asustado senador. Prometió venir en unos minutos.

—Un poco más y los tendremos a todos aquí —comenté, discando el número de la Jackson Aircraft.

Surgió la misma voz arrulladora de la otra vez, sólo que ahora las cosas eran distintas.

Le solté sin rodeos:

—Dígale al señor Behr que tengo en mi mano el medio de parar la baja de sus acciones.

¿Me ha entendido?

—¿Quién es usted?

—¡Al infierno con eso! O me comunica con él para que gane unos cuantos millones o cuelgo. Pero no me gustaría estar en su lugar cuando Behr lo sepa.

—¡Aguarde un minuto, por favor!

Le sonreí a Lena. A pesar de todo estaba terriblemente inquieta.

Una voz seca retumbó en el auricular.

—¿Qué ridícula historia ha contado usted a la telefonista?

—Si considera ridículo evitarse la ruina, Behr, entonces creo que estoy perdiendo el tiempo.

—No sé de qué está hablando.

La voz ya no me pareció tan seca.

—¡Ya lo creo que sabe de qué hablo! Sus acciones están cayendo como un plomo en un estanque. Dentro de un par de días, cuando el informe Murphy sea aprobado por el Senado, no le servirán ni para empapelar las paredes de su despacho. Bueno, yo puedo evitar que eso suceda. Sólo yo, Behr.

Escuché su largo suspiro.

Luego quiso saber:

—¿Quién es usted?

—Nada de nombres por teléfono. ¿Quién me asegura que no está usted grabando esta conversación?

—En absoluto.

—De cualquier modo, nada de nombres. ¿Quiere tratar el negocio conmigo, sí o no?

—¿Dónde?

—Anote las señas y luego venga aquí sin perder un minuto. He de moverme aprisa si he de conseguir que el informe no sea presentado.

Le dicté las señas de Lena. El gruñó:

—Sea quien sea, espero por su propio bien que todo esto no sea ningún truco.

—Se convencerá cuando llegue aquí.

Colgué y respiré hondo. Lena preguntó:

—¿Intervengo yo ahora?

—Aún no, cariño. Falta la representación de la prensa.

Burgoyne estaba en su despacho, redactando el artículo con las declaraciones del doctor Gibson, según dijo cuando reconoció mi voz.

—Deja eso —le espeté sin rodeos—. Tengo el reportaje más sensacional de tu carrera, si lo quieres.

—¿Cómo que si lo quiero? —bramó a través del aparato telefónico—. Sólo dime dónde estás.

—En casa de Lena. Ven aquí cuanto antes.

—No tardo ni tres segundos. ¿No oyes cómo ya llamo a la puerta?

Colgó de golpe y yo hice lo mismo. Encendí un cigarrillo y miré a la muchacha.

—Es tu turno, amor mío. Delátame.

—La de cosas raras que tiene que hacer una chica...

—Quizá hayan establecido una recompensa. Piensa en eso y trata de ser convincente.

Agarró el teléfono. Pensaba que iba a tirármelo a la cabeza, pero se limitó a seguir mis instrucciones y llamó a la policía.

—¿Teniente Karrigan? Necesito hablar con él personalmente... Por favor, es muy urgente...

Me guiñó un ojo mientras esperaba. Luego se puso rígida, cambió de expresión y dijo con voz histérica:

—¿Teniente? Soy Lena... ¡Sí, sí! Ha venido y quiere quedarse escondido aquí hasta que...

¡Oh, no! Ha salido a comprar una botella de whisky, pero va a volver y estoy tan asustada...

Escuchó un segundo conteniendo la sonrisa. Luego volvió a su representación:

—Lo haré así, teniente... ¿Va a venir ahora mismo? Gracias... No sé qué habría hecho sin usted...

Colgó, giró sobre los pies y se quedó mirándome con la risa bailándole en los ojos.

—¿Qué tal lo hice?

—¡Magnífico! No comprendo cómo no estás en Hollywood.

Unos golpes en la puerta nos interrumpieron. Abrí y Mark Steel entró con pasos tranquilos seguido de su imponente guardaespaldas.

—¿Qué clase de partida has organizado? —me espetó.

—No tardarás en verlo. ¿Traes las llaves de ese refugio tuyo?

Su mirada aguda se paseó a placer por encima de las curvas de Lena. Luego volvió hacia mí, esbozó una sonrisa y tendiéndome un pequeño llavero de cuero gruñó:

—Eres un tipo con suerte. Comprendo que tengas prisa.

—Dentro de poco habrá mucho movimiento aquí y no quisiera olvidarme de ellas. Y

ahora, dile a tu pequeño acompañante que deberá obedecer mis órdenes durante un rato.

—Ya lo oíste, Brandon.

Este soltó un bufido. Yo sólo dije:

—Vigilarás a todos los que se reúnan en este cuarto. Tienes permiso para aplastarles las narices a todo el que intente un movimiento agresivo contra mí, incluyendo al teniente Karrigan. Habrá un senador para respaldar cualquier estropicio. ¿Lo has entendido?

Asintió y por primera vez oí su voz. Dijo:

—No es difícil.

Mark enseñó los dientes en una fea mueca.

—¿Sabes, Paul? Eso es algo que me gustaría hacer personalmente. Presiento que voy a divertirme.

Buscó una butaca confortable, la arrimó a la pared de modo que nadie pudiera quedar a sus espaldas y se arrellanó cómodamente.

El siguiente en llegar fue el senador, y apenas acababa de hacer las presentaciones

cuando llamaron a la puerta una vez más.

—Esfúmate, querida —aconsejé a Lena—. Podrás escuchar desde el dormitorio, pero no asomes tu linda naricilla por nada de este mundo. Podrían estropeártela.

Esperé que desapareciera, abrí la puerta y dejé paso a un tipejo delgado, sobre cuya nariz parecida al pico de un pájaro cabalgaban unas gafas de concha de cincuenta centavos.

—El señor Behr, supongo...

—Efectivamente —miró a los demás y pareció a punto de echar a correr—. ¿Qué clase de encerrona es ésta?

—Tranquilo Todos somos amigos.

—Voy a salir de aquí.

Giró hacia la puerta. Yo sólo dije:

—Brandon, acomódalo.

La manaza del gigante cayó sobre el cuello del hombrecillo. Casi pude oír sus huesos cuando lo levantó en vilo, depositándolo sobre una silla como si fuera un muñeco.

—Muy bien. Brandon. Y usted, Behr, pórtese bien o ese chico le hará daño.

—¡Llamaré a la policía! —aulló—. ¡Haré que mis abogados le hundan hasta el infierno!

—Deje en paz a los picapleitos, de momento.

La llegada de Burgoyne acabó con la discusión. Me disponía a explicarle la situación cuando el teniente Karrigan llamó a su vez.

—Ahora quietos todos —dijo secamente—. No quiero interferencias.

Saqué el revólver y abrí la puerta tan bruscamente que el policía se encontró con el cañón hurgándole el estómago antes de verme a mí siquiera.

—Entra, Karrigan —ordené—. Esto es una reunión de amigos y no vamos a dejar que tú la estropees.

—¡Maldita sea! ¿No tienes suficiente con lo que has hecho, que lo agravas amenazando a un oficial?

—Entra, y cierra el pico.

Lo hizo y se quedó muy sorprendido al ver a todos los demás. Aproveché para ordenarle:

—No quiero que haya violencia aquí, Karrigan. Entrégame tu revólver.

—¡Que me ahorquen si lo hago!

—Como quieras, pero si mueves un dedo te la ganas. Quítale la artillería, Brandon.

Antes de que Karrigan comprendiera lo que se le venía encima, el mastodonte le sujetó por los codos doblándole hacia atrás.

—Es mejor que se lo quite usted, Green —graznó con su voz ronca.

Le saqué el revólver de reglamento al teniente, retrocedí y fui a sentarme en el lugar que me había reservado.

—Ahora estamos en condiciones de empezar —dije—. Ponte cómodo, Karrigan. Y no trates de alborotar o Brandon te romperá los dientes.

—Yo haré algo más que eso contigo cuando salga de aquí.

—Lo dudo. Por si tienes interés en saberlo, ese caballero silencioso es el senador Murphy y me respaldará en todo cuanto yo haga. ¿Entendido?

No replicó. Estaba rojo de ira.

—Está bien. Al grano entonces. Karrigan, la mujer asesinada en mi apartamento era la esposa del senador Murphy aquí presente. Ya es hora de que lo sepan todos los que lo ignoraban, aunque hay algunos que lo sabían ya, naturalmente.

—Paul...

—Más tarde, senador. Ahora es mi turno.

Guardé el revólver de Karrigan en un bolsillo y el mío en la funda y empecé:

—Quiero que todos sepan la raíz de ese crimen, y el de otro cometido en la persona de un *gigoló* llamado Sterling.

Explicué rápidamente lo que significaba económicamente el informe del senador, las implicaciones que tendría en la industria aeronáutica y sus filiales y los miles de millones de pérdidas que representaría para hombres como Behr.

—Algunos supongo que encajarán el golpe y enfocarán sus actividades hada otros campos. Behr no. El decidió impedir que el senador Murphy presentara su moción al Senado sin importarle los medios para ello. Calculó que sólo amenazándole con un terrible escándalo en el que estuviera involucrada su esposa podrá silenciarlo. Un escándalo de esta naturaleza, bien manejado, arruinaría la carrera de un hombre público como el senador.

Behr barbotó:

—¡Está loco de atar, maldito sea!

—Muévase de esa silla y saldrá volando por la ventana.

Me levanté y di unos pasos de un lado a otro, reflexionando. El revólver del teniente en mi bolsillo golpeaba contra mi cadera a cada movimiento. Lo saqué dejándolo sobre la mesita en la que Burgoyne tomaba notas febrilmente.

Entonces volví a la carga:

—Behr se las ingenió para encontrar al hombre adecuado para sus planes. Debía ser alguien muy especial... y eligió a un hijo de perra llamado Sterling, un tipo con experiencia y una gran fachada. Lo envió a Washington para que entablara relación con Eva Murphy...

Hizo una buena representación. Tan buena, que ella le siguió cuando regresó a Los Angeles.

Un sordo gruñido del senador fue toda su reacción. Los demás permanecieron en silencio.

—El plan era muy sencillo. Comprometer públicamente a Eva, probablemente con fotografías, y organizar el gran escándalo en el lugar donde esas cotorras de Hollywood esparcen su basura a todo el país. Pero algo sucedió que abrió los ojos de Eva. Se asustó y entonces se acordó de mí, porque ya una vez había trabajado para su marido. Intentó comunicarse conmigo sin conseguirlo. Entonces corrió a mi apartamento. Pensó que yo iría allí porque ya había abandonado el hospital. ¿Está esto claro, Karrigan?

Se limitó a mirarme echando chispas y eso fue todo. Me encogí de hombros y seguí adelante:

—Sterling, o alguien que trabajaba con él, la siguieron.

La habían visto antes intentar frenéticamente localizarme por teléfono y eso la sentenció, así que decidieron cerrarle la boca, pero haciéndolo de tal modo que, incluso después de muerta pudiera desencadenar el escándalo. ¿Qué le parece, Behr?

—Cuanto más habla más argumentos me proporciona para demandarle. Siga con ese

cuento.

—Claro, claro... Bien, cuando la mataron no estaba desnuda, naturalmente. Llevaba un vestido azul. El punzón debió desgarrarlo, y luego la sangre lo ensució, de manera que el asesino hubo de quitárselo para que la cosa fuera escanda losa, pero eso exigió que fuera en busca de otras ropas que dejó en mi apartamento. Y ya estaba montado el escenario.

Ya sólo les faltaba complicarme a mí, un pobre tipo medio desequilibrado a causa de una herida en la cabeza. Un caso redondo. Y tan bueno que incluso la policía se lo tragó.

Paseé la mirada de uno al otro. Estaban tensos, excepto Steel que daba la sensación de asistir a un espectáculo de su agrado.

—Yo les facilité las cosas —añadí—. Fui lo bastante idiota para beber antes de ir a casa... y me sentó como un tiro. Quedé inconsciente

delante del cadáver desnudo. Así pudieron imprimir mis huellas en el punzón. Luego, Sterling se asustó. Un asesinato no entraba en sus mañas. Hubo que matarlo para que no hablara más de la cuenta. ¿Me sigue usted, Behr?

—¡Le demostraré quién soy yo, desgraciado! Tengo sólidas coartadas, testigos. Y mis abogados...

—Yo no he dicho que fuera usted el asesino —le interrumpí amablemente—. Sólo es el instigador, el financiero que hubo de recurrir a aficionados porque carecía de conexiones en el ambiente donde habría podido contratar a verdaderos profesionales del crimen. De cualquier modo, recibirá el mismo castigo que el autor material de los crímenes.

—¡Condenado sea usted! ¿Cómo se atreve?

—Usted necesitaba a alguien sin escrúpulos. Un intermediario que le proporcionara el experto. Pero supongo que el intermediario hizo sus cálculos y decidió que el trabajo valía la pena hacerlo personalmente y quedarse así con todo el dinero. ¿A quién encomendó el cometido, Behr?

No replicó. Estaba congestionado y sus manos temblaban, no supe si de miedo o de cólera.

Entonces me volví hacia Burgoyne y le espeté con voz tranquila:

—¿Cuánto te pagó por ensuciarte las manos de sangre?

El reportero levantó poco a poco la cabeza. Sus ojos enrojecidos tropezaron con los míos y lo que vi en ellos me dio escalofríos.

—De manera que lo sabías —dijo.

—Seguro.

Su mano se movió con la rapidez de una víbora. Cuando se levantó empuñaba el «45»

de Karrigan y su mirada relucía de ansias de matar.

—Si alguien se mueve lo mato —advirtió rechinando los dientes.

—¿Cuánto te pagaron, Burgoyne?

—Ya que quieres saberlo, Behr me había prometido doscientos mil

dólares. Sólo he cobrado la mitad, pero serán suficientes para escapar. Y ahora voy a salir. Que nadie se mueva.

El teniente gruñó:

—Eso es lo que has conseguido, gran tipo. ¡Con mi propio revólver!

El reportero retrocedió unos pasos. Dijo:

—Debería pegarte dos tiros, Paul. Lo has echado todo a perder...
¿Cómo supiste que

era yo?

—Tú pusiste un narcótico en mi bebida, valiéndote de la comedia con el barman. Algo de acción lenta que me tumbó, provocándome unas náuseas atroces. El médico dijo que mi estado no podía habérmelas provocado. Luego, cuando te pedí la dirección de Sterling tardaste una eternidad. Aprovechaste para ordenarle que se pusiera fuera de mi alcance, y eso acabó de asustarle y fue su sentencia de muerte.

—Razonas muy bien para tener la cabeza en mal estado...

Retrocedió hacia la puerta. Sin levantar mucho la voz ordené:

—¡Atrápalo, Brandon, el revólver está descargado!

El gigante titubeó, pero luego se puso en marcha como un tanque. Burgoyne le dio al gatillo una y otra vez. No sucedió nada, claro, porque los proyectiles estaban en mi bolsillo.

Recibió el primer mazazo del mastodonte en plena cara y voló al encuentro de la pared.

El segundo lo mandó hacia arriba y pensé que iba a estrellarse contra el techo, y cuando caía aún encajó un puntapié que lo mandó dando tumbos a los pies del teniente, donde quedó hecho un ovillo, vomitando sangre y dientes.

—Es todo tuyo, Karrigan —dije—. Soy así de generoso. Creo que debes ocuparte también del señor Behr antes que se desmaye.

Recogió su revólver del suelo y tendió la mano. Le devolví los cartuchos y por fin dejó que algo semejante a una sonrisa alegrara su cara.

—Está bien —refunfuñó—. Algún día tendré oportunidad de

devolverte los golpes...

Se desató un barullo de todos los demonios. El senador gritaba algo sujetándome por el brazo.

Le dije que ya podía ocuparse de su esposa y me escabullí como pude, refugiándome en el dormitorio donde Lena me esperaba.

Cerré la puerta y ella se echó en mis brazos.

—Lo oí todo —susurró.

—Se acabó. Saldremos para Miami en el primer avión de la mañana.

Estaba besándola cuando llamaron a la puerta. La voz de Mark dijo algo que no entendí. Le mandé al infierno y se fue, riendo, aunque no al infierno.

Supongo.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España